

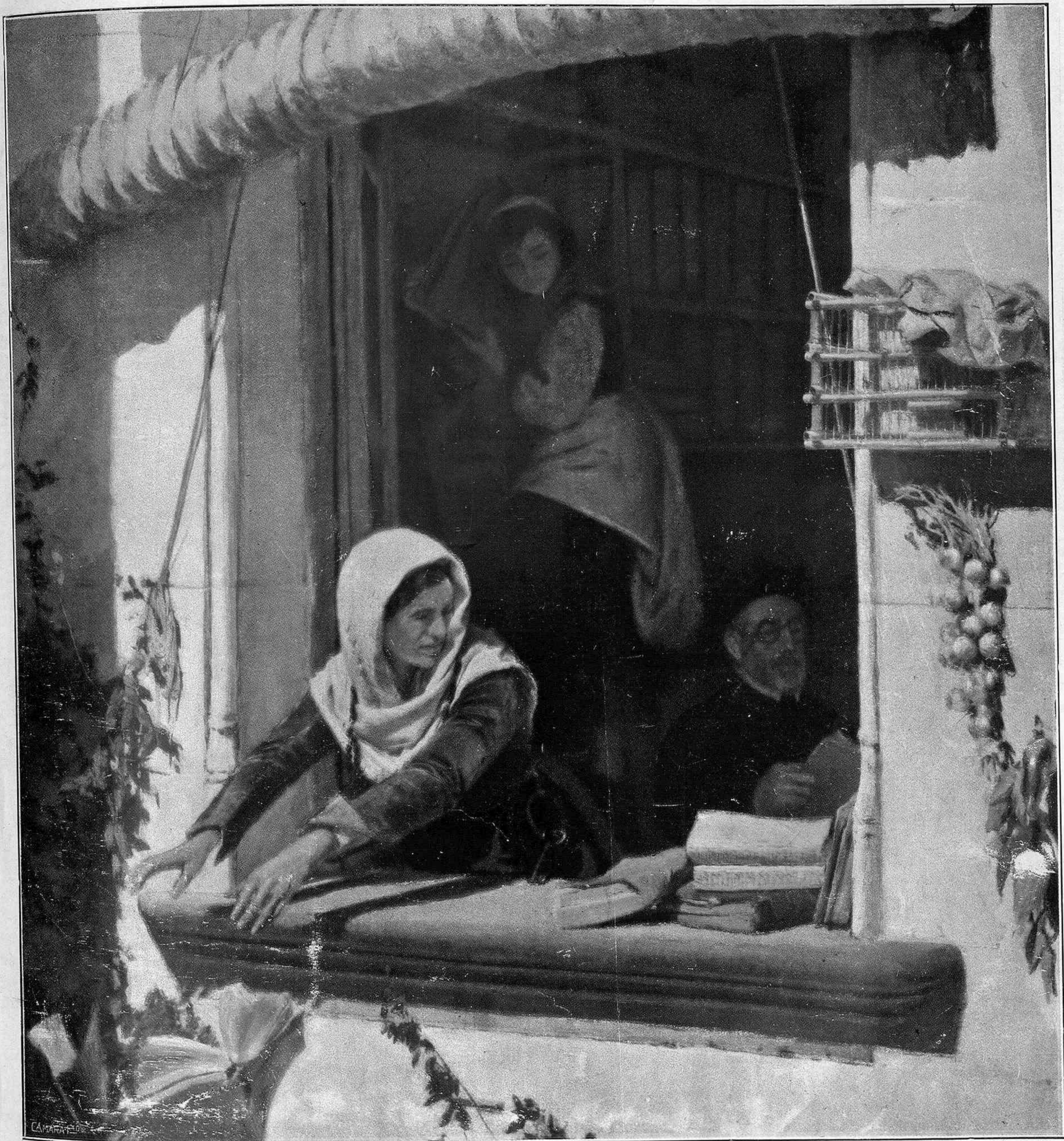
# La Esfera

22 OCT 1922



Año IX Núm. 459

Precio: Una peseta



EL ESCRUTINIO DE LA BIBLIOTECA DE DON QUIJOTE (detalle), cuadro original de José Moreno Carbonero



• **CARLOS** •  
**COPPEL** •

ÚNICO DEPÓSITO EN  
ESPAÑA DE LOS  
RELOJES DE PRECISIÓN

“M.Z.A.”

FÁBRICA DE RELOJES  
ELIENCADDAI 27 - MADRID

PARÍS Y BERLÍN  
Grand prix et Medailles d'Or

# BELLEZA

No dejarse engañar y exijan  
siempre esta marca y nombre  
BELLEZA (Registrados)

**DEPILATORIO BELLEZA** Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz, por fuerte que sea, el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis, por delicado que sea. Resultados rápidos, prácticos y sin molestia ninguna. Único que ha obtenido gran premio.

**Es el ideal RHUM BELLEZA Fuera canas**  
A base de nogal. Basta unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una ó dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos; pues, sin teñirlos, les da vida y color. Es inofensivo. Cura el herpes y la caspa. No mancha, no ensucia, ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

**CREMAS marca BELLEZA** (líquida ó en pasta espumilla). Blanquea, cura, hermosura y conservación del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas (blanca ó rosada).



**LOCION BELLEZA** Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Completamente inofensivo. Deleitosa perfume.

**TINTURAS WINTER** Marca Belleza. Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para castaño claro, castaño obscuro y negro. Dan colores tan naturales é inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

**POLVOS BELLEZA (selectos é higiénicos)** Por su calidad superfinísima, distinguido perfume y adherencia al cutis, son los mejores que existen. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

De venta en perfumerías de España, América y Portugal.—En Canarias, droguerías de A. Espinosa.—En Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139. En Lisboa, Perfumaria da Moda, rua de Carmo, 7.—En Habana, droguería de Sarrá.—FABRICANTES: Argenté, Costa y Cia., Badalona (España).

Para toda la publicidad extranjera en "La Esfera" y "Mundo Gráfico", dirigirse á la Agencia Havas. Paris: 62, rue de Richelieu. Londres: 6, Bream's Buildings, Chancery Lane. London. E. C. 4.



Sellos de correo auténticos de las Misiones extranjeras, garantizados, sin ser escogidos, se venden por kilos. Tarifa gratis. Bécanne, calle Redoutes, Toulouse (Francia)

## LIBROS DE BARRIOBERO

Contra giro de cinco pesetas, certificados: **De Cánovas á Romanones** (estudios económicos). **Matapán** (relatos picarescos). **El hombre desciende del caballo** (novela).

22, Príncipe, 22  
(ADMINISTRACIÓN)

Lea usted los miércoles  
**MUNDO GRÁFICO**

EVITA LA CAIDA DEL PELO  
LE DA FUERZA Y VIGOR

## ALCOHOLATO ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



**A PLAZOS** y á los mismos precios de contado, vendemos nuestros discos y aparatos contenidos en los Catálogos «ODEON», «FONOTIPIA» y «FADAS», marcas cuya exclusiva de venta ostentamos. **NOVEDADES «ODEON», EN DISCO DOBLE, A 10 PESETAS**

«ARCO IRIS»  
Canción persa, Zuffoli y Mauri.  
La pava, Zuffoli.

Fado, A. Martí.  
Rumba, Zuffoli y Palomera.

Las manolas, Caballé  
Serenata, Caballé.

**BAILABLES**  
Fox-trot persa.  
Two-step conquistado res.

Two-step de los platillos.  
One-step del Pericutis

**SALUD RUIZ**  
Wayá-Wais.  
Tango apache.

Cielito lindo.  
Tierra de pinares.

Ni contigo.  
Jamalajá.



**CHELITO**  
Palafox, 22.  
La chula tanguista.

El buen ladrón.  
De Dios y del Diablo.

La rumba.  
¿Qué dirá?

**PEPITA LLASER**  
Agua milagrosa.  
Ojitos de luto.

Gitanilla bandolera.  
Castillito de naipes.

Maldito cariño.  
Por tu mirar gitano.

**BAILES MODERNOS**  
Wayá-Wais, Fox.  
Blighteyes, Fox.

La chula tanguista, Fox.  
El Fox-trot de mi invención.

Gloria pura, paso doble.  
Mestizo, idem.

Solicite usted Catálogos de Discos y Aparatos y las condiciones de **VENTAS A PLAZOS**, dirigiéndose á **FADAS, Peligros, 14 y 16, MADRID**

NOTA.—Sólo esta Casa y la de Preciados, 1, pueden, por virtud de exclusiva, vender estos discos directos de Fábrica.

## ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

## ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida

## LAS INQUIETUDES DE BLANCA MARIA

por

**EMILIO CARRÈRE**

(Dibujos de Máximo Ramos)

es el título del número que

## LA NOVELA SEMANAL

publica hoy sábado

25 céntimos ejemplar en toda España

### IMPORTANTE

La Dirección de este periódico advierte que no se devuelven los originales ni se sostiene correspondencia acerca de ellos, sin excepción alguna

Al mismo tiempo, hace saber á los colaboradores espontáneos que no se publicarán otros trabajos, tanto literarios como artísticos, que los solicitados

**COMPANY**  
FOTÓGRAFO Fuencarral, 29

EN OS IÓN

ID

# LA TIERRA DE TODOS

NOVELA

DE

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

(Publicada por la EDITORIAL PROMETEO)

ILUSTRACIONES DE FEDERICO RIBAS

(CONCLUSIÓN)

XXII

«¿Quién es esta mujer?... ¿Dónde diablos la he visto?»

Ella también se había detenido, volviendo la cabeza para sonreír e invitándole con el gesto á que la siguiera.

Se reflejaron en el rostro del ingeniero las alterativas de la sorpresa y la duda.

«Pero, ¿será?... ¡Yo que la creía muerta hace años!... No, no puede ser. Sería una casualidad demasiado extraordinaria.»

Siguió examinándola de lejos, creyendo reconocer el pasado en algunos rasgos de aquella fisonomía ajada, y quedando indeciso ante otros que le resultaban extraños. ¡Pero los ojos!..., ¡aquellos ojos!...

La mujer volvió á sonreír y á mover levemente la cabeza, repitiendo sus mudas invitaciones. Impulsado por la curiosidad, hizo Robledo involuntariamente un leve gesto de aceptación y ella reanudó su marcha. Pero sólo dió algunos pasos, deteniéndose ante la cancela de un *bar* de aspecto sórdido, y abriendo la mampara desapareció en el interior del sucio establecimiento.

Quedó indeciso el español. Le repugnaba ir á reunirse con aquella mujer, y al mismo tiempo se sentía arrastrado por su curiosidad. Presintió que si se alejaba sin hablarla quedaría para siempre en una incertidumbre torturante, lamentando el resto de su existencia no haberse enterado de si Elena vivía aún ó estaba muerta.

El miedo á la duda futura le impulsó á la acción, haciéndole abrir con cierta violencia la puerta del *bar*.

Vió seis mesas, un diván de hule abullonado á lo largo de las paredes, espejos borrosos, y un mostrador que tenía detrás una anaquelera con botellas. El mostrador lo ocupaba una mujer algo vieja y de gordura elefantíaca, con los ojos pintados de negro y la cara moteada de granos y costras.

Recordando sus años juveniles pasados en París, reconoció Robledo el pequeño establecimiento frecuentado por mujeres que no disponen de otra industria para vivir que el encontrón carnal, pero desean conservar cierta apariencia independiente, y á las cuales sirve la dueña de consejera é intermediaria.

Un camarero de aire afeminado servía á las parroquianas. En este momento eran dos. Una joven-cita de rostro exangüe que se transparentaba, como si fuese á dejar ver las oquedades y las aristas de su cráneo. Tosía convulsivamente, y entre tos y tos se llevaba á la boca un cigarrillo. En otra mesa vió á una mujer avejentada y de aspecto abyecto, que tal vez en su juventud había sido hermosa. Conservaba la misma esbeltez arrogante de la otra seguida por Robledo; pero sus ropas y su rostro revelaban una miseria mayor. Bebía á lentos sorbos el contenido de una gran copa y se retrepaba á continuación en el diván, cerrando los ojos como si estuviese ebria.

Al entrar el ingeniero se dió cuenta de que la mujer había ido á sentarse en el fondo del establecimiento, lejos del mostrador y de las otras parroquianas. Su presencia produjo cierta emoción. La patrona le acogió con una sonrisa repugnante por su excesiva obsequiosidad. La muchachita tísica tuvo para él una mirada que creía de amor, y á Robledo le pareció de mendiga que implora una limosna. La borracha, al sonreírle, mostró que le faltaban varios dientes. Luego guiñó un ojo con cínica invitación, levantó los hombros y volvió á adormecerse.

Ocupó el recién llegado una mesa frente á la mujer que le había precedido, y pudo contemplarla

más detenidamente que en la calle. Casi sonrió de lástima al darse cuenta del enorme engaño que representaba el tocado de aquella vagabunda.

Vista á cierta distancia, era una mujer pobremente vestida; pero con cierta pretenciosidad que podía engañar á los hombres humildes ó á los imaginativos, dispuestos á creer en la elegancia de toda hembra que se fije en ellos. Contemplada de cerca, resultaba grotesca. Su sombrero de majestuosa halda tenía los bordes roídos y las plumas rotas. Vió sus pies por debajo de la mesa, y como la falda se le había subido al sentarse, pudo contar los agujeros y los remiendos de sus medias. Uno de sus zapatos mostraba la suela perforada por el uso, con un pequeño redondel en el sitio correspondiente á los dedos. El rostro cargado de colorete y de pasta blanca no conseguía ocultar las arrugas de la edad y otras huellas de una vida trabajosa. ¡Pero aquellos ojos!...

Robledo se sentía por momentos más convencido de que era Elena. Los dos se miraron fijamente. Después ella preguntó por señas si podía acercarse, pasando al fin á su mesa.

—He creído mejor entrar aquí para que hablemos. Muchas veces á los hombres no les gusta que los vean con una mujer en la calle. La mayoría son casados. Usted tal vez lo es como los otros.

Su voz era ronca; no recordaba la que él había oído doce años antes; pero, á pesar de esto, su convicción iba creciendo. «Es ella—pensó—. Ya no es posible la duda.» La mujer siguió hablando.

—Tal vez me equivoqué. Usted debe ser soltero. No veo su anillo de matrimonio.

Y miraba sonriendo las manos masculinas puestas sobre la mesa. Pero otra cosa pareció preocuparla más que el estado civil del señor que la había seguido. Volvió los ojos con cierta ansiedad hacia el mostrador, donde estaba el camarero esperando su llamamiento.

—¿Puedo tomar una copa?—preguntó—Advier-to á usted que el *whiskey* de aquí es magnífico. Imposible encontrarle mejor en todo París.

Al ver que él asentía con un movimiento de cabeza, se aproximó el camarero, y sin necesidad de preguntar qué deseaba la parroquiana, trajo por su propia iniciativa una botella de *whiskey* y dos copas. Después de llenar éstas se alejó, no sin dirigir á Robledo una mirada y una sonrisa iguales á las de la dueña del establecimiento.

Bebió la mujer con avidez su copa, y al ver que el otro dejaba intacta la suya, pasó por sus ojos una expresión implorante.

—Antes de la guerra, el *whiskey* valía muy poco; ¡pero ahora!... Sólo los reyes y los millonarios pueden beberlo. ¿Me permite usted?

Hizo Robledo un gesto indicador de que le cedía su parte, y ella se aprovechó con apresuramiento de tal permiso.

El licor parecía repeler cierta torpeza mental que se reflejaba en la lentitud de sus palabras, dando nueva luz á sus ojos y mayor soltura á su lengua. Dejó de hablar en francés para preguntar en español:

—¿De dónde es usted? He conocido por su acento que es americano..., americano del Sur. ¿De Buenos Aires tal vez?...

Movió la cabeza Robledo negativamente, y sin perder su gravedad soltó una mentira.

—Soy de Méjico.

—Conozco ese país. Me detuve en Veracruz unos días nada más, de vapor á vapor. La Argentina la conozco bien: viví allá hace años... ¿Dónde no he estado yo?... No hay lengua que no hable. Esto hace que los señores me aprecien y muchas amigas me tengan envidia.

Robledo la miraba fijamente. Era Elena; ya no podía dudar. Y, sin embargo, no quedaba nada en

su persona de la mujer conocida en otros tiempos. Los últimos doce años habían pesado sobre ella más que una existencia entera reposada y ordinaria, transfigurándola en sentido decadente.

Si él había podido reconocerla, era porque, al vivir tanto tiempo en el mismo lugar solitario y monótono, sus impresiones antiguas se mantenían vivas, con la incesante renovación del recuerdo, sin que otras las sofocasen bajo su paso. En cambio, ella había vivido tan aprisa y visto tantos hombres, que le era imposible acordarse del español. Le sería necesario para ello una enérgica concentración de su memoria. Además, el ingeniero también se había desfigurado con los años.

Sin embargo, ella, por instinto profesional, presintió que no era la primera vez que estaba junto á este hombre. Sus sentidos de mujer de presa y de hembra perseguida, obligada á defenderse y viviendo en perpetua inquietud, parecieron avisarla.

—Yo creo—dijo—que nos hemos visto otra vez; pero no puedo acordarme dónde, por más que pienso. ¡He corrido tantos países!... ¡He conocido tantos hombres!...

XX

Robledo la miró con severidad, al mismo tiempo que preguntaba bruscamente:

—¿Cómo se llama usted?

Ella pensaba en otra cosa, con los ojos fijos en el *whiskey*, y contestó distraída:

—Me llamo Blanca, y algunos me apodan «la Marquesa». ¿Me permite usted que tome otra copa?... Después, en mi casa, no tendremos una botella como ésta. Porque supongo que iremos á mi casa... Está muy cerca... A no ser que usted prefiera el hotel.

Interpretando la mirada impasible del hombre como una aprobación, se apresuró á servirse una tercera copa, paladeando su contenido, mientras la sostenía con mano temblona. La interrumpió Robledo, diciendo lentamente:

—Usted se llama Elena, y si la apodan «la Marquesa», es porque alguien la conoció cuando estaba casada con un marqués italiano.

Fué tal la sorpresa de la mujer, que apartó sus labios del licor, mirando á Robledo con ojos desmesuradamente abiertos.

—Desde que le oí hablar—dijo—tuve el presentimiento de que usted me conocía.

Maquinalmente dejó la copa sobre la mesa. Luego se arrepintió, apresurándose á beberla de golpe.

—Pero, ¿quién es usted?... ¿Quién eres?... ¿Quién eres?

La primera interrogación la hizo aproximándose á Robledo; pero éste se echó atrás, huyendo de su contacto. Las otras dos las acompañó llevándose las manos á las sienes, como si hiciese un esfuerzo doloroso para concentrar su memoria. Al fin, dijo otra vez con desaliento:

—¡Han pasado tantos hombres por mi vida!...

Sus ojos reflejaron de pronto la inquietud, luego el miedo, y ahora fué ella la que se echó atrás con una expresión de animal asustado, como si temiese al hombre que tenía en frente.

—Al fin le reconozco—murmuró—. Sí, es usted; muy cambiado, pero es usted. Nunca lo hubiera conocido, de no evocar esas cosas pasadas.

Parecía haber recobrado su enérgica voluntad, y pudo mirar largo rato á su acompañante, sin sentir miedo. Luego añadió con voz fosca:

—¡Mejor habría sido no vernos nunca!

Quedaran los dos en largo silencio. Elena parecía haber olvidado la existencia de aquella botella que continuaba acariciando maquinalmente con sus dedos. La curiosidad del español pugnó contra este mutismo.

—¿Qué fué de Moreno?...

Ella le escuchó con una expresión de duda y extrañeza, como si no le entendiese. Se adivinaban en sus ojos los esfuerzos de un trabajo mental profundamente removerdor. «¿Moreno? ¿Quién podía ser este Moreno? ¡Ella había conocido tantos hombres!»

Como si apelase al auxilio de un medicamento se sirvió una nueva copa, bebiéndola ávidamente, y su rostro pareció iluminarse al sonreír.

—Ya sé de quién me habla... Moreno; un pobre hombre, un iluso. No sé nada de él.

Insistió Robledo en sus preguntas; pero le fué imposible á Elena encontrar en su memoria una imagen clara y fija de aquel desaparecido.

—Creo que murió. Se fué á su tierra, y allá debió morir. ¿Dice usted que no volvió nunca?.. Pues entonces moriría aquí. Tal vez se mató. No sé... Si tuviese que recordar las historias de todos los hombres que he conocido, hace años que estaría loca. ¡No cabrían en mi cabeza!...

Robledo, con una curiosidad severa, continuó sus preguntas.

—¿Y la hija de Pirovani?...

Volvió á llevarse ella las manos á las sienes, hundiendo los dedos en el pelo rubio, escandalosamente rubio, de sus falsos bucles. Al mismo tiempo, una mueca violenta que reflejaba su enorme esfuerzo mental hizo bailotear un poco las dos filas de sus dientes, igualmente escandalosos por su blancura.

—¿Pirovani?... ¡Ah, sí! Aquel italiano que vivía en Río Negro y al que robó Moreno... No sé. Creo que nunca volvimos á hablar de su hija. Moreno gastaba y gastaba mientras tuvo que gastar, y yo le iba enseñando los placeres de la vida. ¡Pobre tonto!...

Quedó encogida en su asiento y con la cabeza baja después de hablar así. Parecía haberse empequeñecido. Al levantar los ojos encontraba la mirada severa del español y volvía á bajarlos, fijándolos en la botella.

Durante el nuevo silencio, Robledo se habló mentalmente. «¿Y pensar que por este andrajo se mataron los hombres, lloraron tantas mujeres y sufrí yo angustias inmensas!...»

Como si Elena adivinase sus pensamientos, dijo con humildad:

—Usted no sabe qué terribles han sido mis últimos años... Vino la guerra y se empeñaron en perseguirme, no permitiendo que viviese en París. Sospechaban de mí; me creían espía y alemana, dándome cada uno diferente nacionalidad. Anduve por Italia; anduve por muchos países. Hasta estuve en su patria: ¿no es usted español?... No extraña la pregunta; ¡me es imposible recordar tantas cosas!... Y al volver á París no he encontrado á nadie, absolutamente á nadie de los de mi época. El mundo de antes de la guerra era otro mundo. Todos los que yo conocí han muerto ó están lejos. A veces creo que he caído en otro planeta. ¡Qué soledad!...

Parecía abrumada por este mundo nuevo, que no podía comprender.

—Y el primero que me sale al paso capaz de recordarme la vida anterior, es usted... ¡Mejor hubiese sido no vernos!

Luego continuó como si hablase para ella misma:

—Este encuentro servirá para que yo piense en cosas que nunca hubiese recordado... ¿Por qué volvió usted de tan lejos?... ¿Por qué se le ha ocurrido pasear por esta parte de Montmartre que nunca frecuentan los extranjeros ricos?... ¡Ay! ¡La maldita casualidad!

De pronto se incorporó con un reflejo azulado en las pupilas.

—Déjeme beber. ¡Cómo le agradecería que me regalase toda la botella! La necesito después de este maldito encuentro que va á resucitar tantas cosas... Yo amo la vida por encima de todo. No me dan miedo las desgracias ni las miserias, á cambio de seguir viviendo... Pero temo á los recuerdos, y el *whiskey* los mata ó los viste de tal modo que resultan agradables. Déjeme beber; no me diga que no.

Como Robledo permaneciese silencioso, Elena volvió á apoderarse de la botella para llenar su copa, apurándola con lento regodeo. Mientras bebía señaló con los ojos á la muchachuela, que continuaba fumando y tosiendo.

—Es como todas las de ahora: morfina, cocaína, etcétera... Yo soy de mi época, estilo antiguo; las tales drogas me ponen enferma. Sólo creo en lo clásico.

Y acarició el contorno de la botella con mano amorosa. Su rostro parecía iluminado por una extraña lucidez, que iba en aumento según ella bebía. Al verse dueña de todo el *whiskey* deseaba quedar sola para paladearlo sin prisa, y dijo á Robledo:

—Váyase y no se acuerde de mí. Si quiere darme algo, se lo agradeceré; si no me da nada, me contento con la botella; un regalo de príncipe... Váyase, Robledo; este sitio no es para usted.

Pero él permaneció inmóvil, deseando excitar su memoria para saber algo más de su misterioso pasado.

—¿Y Canterac?... ¿Encontró usted alguna vez al capitán Canterac?...

Este nombre tardó á resucitar en la memoria de ella más aún que los nombres anteriores. Robledo, para ayudarla, recordó el parque artificial improvisado en su honor á orillas del río Negro.

—Fué *chic* aquella fiesta, ¿no es cierto?... Otros hombres han hecho por mí cosas muy raras; pero aquello resultó original... ¡Pobre capitán! Lo he visto después muchas veces; creo que ahora es general. ¿Cómo dice usted que se llamaba?...

Y siguió evocando sus recuerdos; pero el español se dió cuenta de que confundía á Canterac con otro militar amigo suyo, haciendo una sola persona de los dos hombres, conocidos en períodos distintos de su vida.

Robledo sabía con certeza que Canterac había muerto. Vagaba por las Repúblicas del Pacífico, cambiando de ocupación, unas veces en las salitreras de Chile, otras en las minas de Bolivia y del



Perú, cuando estalló la guerra, y volvió á Francia para incorporarse al ejército. Había muerto en Verdún con un heroísmo obscuro, como tantos otros; y esta mujer no guardaba una imagen precisa de él, después de haber perturbado tan deplorablemente su existencia. Ni siquiera pareció recordar su nombre al repetirlo Robledo.

Las preguntas de éste iban excavando, sin embargo, su memoria, y al fin acabó ella por repeler su adormecimiento mental, sufriendo el asalto en masa de los recuerdos despertados. De pronto fué Elena la que preguntó:

—¿Cómo se llamaba aquel muchacho americano compañero suyo?... Creo que fué el único hombre que me interesó un poco entre los muchos que me buscaban... Tal vez le amé, por lo mismo que nunca me deseó verdaderamente. Algunas veces, muy de tarde en tarde, me he acordado de él... ¿Se casó?

Hizo Robledo un signo afirmativo, y ella siguió hablando.

—No diga más. Mirándole á usted creo que los años pasados vuelven á pasar, pero en sentido inverso, y todo lo recuerdo poco á poco... Ese joven se llamaba Ricardo, y tal vez se habrá casado con aquella muchachita de la Pampa á la que le daban un nombre de flor.

Estos recuerdos, los únicos que resurgían en su memoria vivos y bien determinados, le inspiraron la amarga tristeza que infunde el bien ajeno.

Se miró á sí misma con una conmiseración despectiva, como si se contemplase por primera vez. Ella, que se había creído durante muchos años el centro de lo existente, se veía en lo más bajo, y aún adivinaba nuevos abismos por los que seguiría rodando, pues para la desgracia nunca hay término.

Los demás podían evocar su pasado con una melancolía dulce. Era un placer igual á una música suave y antigua, á un perfume de ramo marchito. Los recuerdos de ella mordían como lobos rabiosos y la perseguían hasta la muerte. Por eso necesitaba vivir en una inconsciencia animal, asesinando todos los días su pensamiento con el alcohol.

Quiso exteriorizar su desesperación y murmuró, señalando á la otra mujer medio ebria que dormitaba en el diván:

—Así seré yo dentro de poco.

Se obscureció su rostro, como si pasase sobre él la sombra de sus últimas horas, y bajando las pupilas, añadió:

—Y luego morir.

Robledo permaneció silencioso. Había sacado disimuladamente su cartera de un bolsillo interior y contaba papeles debajo de la mesa. Ella siguió murmurando, sin darse cuenta de que repetía sus más ocultos pensamientos:

—Tal vez alguien escriba entonces en los periódicos unas líneas hablando de la llamada «Marquesa», y media docena de personas en todo el mundo me recuerden. Tal vez ni esto, y quedaré para siempre en el fondo del río. Pero, ¿tendré valor?...

Buscó Robledo una mano de ella por debajo de la mesa, entregándole un rollo de pequeños papeles.

—No debía tomarlo—dijo la mujer—. Yo sólo puedo admitir dinero de los que no me conocen.

Pero guardó en su pecho los billetes de Banco. Sus ojos, repentinamente alegres, parecieron desmentir el tono de resignada dignidad con que formulaba sus excusas por haber aceptado el donativo.

La mirada de Robledo era ahora de conmiseración. ¡Pobre «bella Elena»! Había pasado por la vida como pasan sobre los mares australes los gran-

(Continúa en la página C)

La **Editorial "Mundo Latino"** acaba de publicar nuevas ediciones de las siguientes obras de

# El Caballero Audaz

La Virgen desnuda  
De pecado en pecado  
Desamor

El pozo de las pasiones  
En carne viva  
La bien pagada  
La sin ventura

El divino pecado  
San Sebastián  
Con el pie en el corazón  
Hombre de amor  
Un hombre extraño  
Lo que sé por mí

(Más de trescientas intervius recogidas en diez volúmenes)

PEDIDOS DIRECTAMENTE:

Editorial "Mundo Latino". - Apartado 502. - Larra, 10. - Madrid

Rogamos á nuestros corresponsales, suscriptores, anunciantes y á todas aquellas personas que se dirijan á nosotros para asuntos administrativos, extiendan la dirección en el sobre en la siguiente forma:

**Prensa Gráfica**  
Apartado 571  
**MADRID**



En  
todas  
edades



## LA CRÈME SIMON PARIS

no tiene rival para el cuidado y embellecimiento de la piel. Extenderla sobre la epidermis húmeda.

POLVOS y JABÓN



REINE DES CREMES

Maravillosa Crema de Belleza  
PERFUME SUAVE  
J. LESQUENDIEU-PARIS

DE VENTA EN TODA ESPAÑA



No olvide la educación artística de sus hijos. La fotografía es un arte que ilustra y fascina, teniendo la ventaja de que puede desarrollarse sin molestias ni aprendizaje, empleando el sistema.

# Kodak

Las pequeñas fotografías familiares de hoy serán tesoros mañana.

Hay Kodaks para todos los bolsillos en precio y tamaño.

He aquí algunos:

- |   |             |
|---|-------------|
| Kodak Junior Autográfico No. 1A con objetivo corriente. . . . .                 | Ptas. 130,— |
| Hace fotografías de 6 1/2 x 11 cm.  |             |
| Kodak Junior Autográfico No. 1A con objetivo Kodak anastigmático f/7.7. . . . . | » 180,—     |
| Hace fotografías de 6 1/2 x 11 cm.  |             |
| Kodak Junior No. 2C con objetivo corriente. . . . .                             | » 155,—     |
| Hace fotografías de 7 1/2 x 12 1/2 cm.  |             |
| Kodak Junior No. 3A con objetivo anastigmático f/7.7. . . . .                   | » 210,—     |
| Hace fotografías de 8 x 14 cm.  |             |

Hay Brownies de cajón para niños desde 21,50 a 63 pesetas. Hacen fotografías desde 4 x 6 1/2 cm. a 8 x 10 1/2 cm.

Pida usted Catálogo ilustrado en casa de cualquier revendedor de artículos fotográficos, o a

KODAK, S. A.

MADRID { PUERTA DEL SOL, 4  
          { GRAN VÍA, 23

BARCELONA { FERNANDO, 3  
              { PASEO DE GRACIA, 22

PERPETÚE SUS MOMENTOS FELICES CON UN KODAK

# La Esfera

Año IX.-Núm. 459

Madrid, 21 Octubre 1922

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

DIRECTOR: FRANCISCO VERDUGO



LA DANZARINA CIA FORNAROLI

Cuadro original de Lino Selvático, que figura en la Exposición Internacional de Venecia

LA ESFERA

# LA ARQUITECTURA MODERNA



## MONUMENTO A RUBEN DARÍO

Proyecto original de Rafael Hidalgo de Caviedes, que figuró en la última Exposición Nacional de Bellas Artes



DE LA VIDA QUE PASA

## Una idea para los footballistas

HE comprado un Manual de juego de *foot-ball*. He aprendido algunas cosas de las que se pueden aprender leyendo un Manual de reglas de juego. Y es posible que algún día vaya a ver un partido, de estos que aquí se disputan con encarnizamiento entre el entusiasmo contagioso de un público que no va a ver jugar, sino a ver cómo ganan sus ídolos. Los toros apasionan menos. Hoy es el *foot-ball* el que se lleva las conversaciones y las horas perdidas de los muchachos y de muchísimas personas mayores.

Por eso, por no sentirme extranjero ó inactual, he querido saber algo de este juego, que en la villa en que vivo tiene más importancia que otras cosas al parecer más serias.

Algún día contaré con método mis impresiones de lectura, como prólogo de las impresiones de un espectador. Ahora sólo referiré las primeras sorpresas. Desde luego, lo que he podido apreciar es que el *foot-ball* adelanta ó, por lo menos, evoluciona. No sólo el estilo, sino la táctica de ataque y defensa cambian por épocas. Es posible que esté pasando ya el Siglo de Oro de este deporte y empiece el período de decadencia hacia el barroco. Lo indudable es que el juego que se hace hoy será viejo mañana, porque en el arte de andar á puntapiés con un pelotón, como en todas las artes, hay renovadores geniales que forman escuela, hay tendencias, vicios y virtudes nacionales.

Pero también he podido observar que el *footballista* fía demasiado de su iniciativa, empuje y técnica personal. Lo más que nace es convertir esa acción individual en colectiva, dando al trabajo de los once los caracteres de unidad que exige todo plan de guerra. Así, pues,—perdóname los técnicos si invado su terreno,—yo creo que ya es imposible hacer más de lo que se hace hoy. Un poco más fuertes las patadas, un poco más certeros los movimientos combinados, un progreso mayor ó menor en parar y lanzar el pelotón con la cabeza. Superar este *foot-ball* lo considero, como digo, imposible. Es un arte que ha recorrido ya su ciclo, lo cual no puede constituir una ofensa, porque lo mismo se dice de la arquitectura, de la escultura, de la pintura y, en suma, de todos los demás juegos.

Sin embargo, aquí está el nacimiento de una idea que ofrezco sin ningún interés. Hasta hoy el *foot-ball* sólo se ha preocupado del jugador y de su táctica. No ha pensado en el balón. En vez de presentar indefinidamente una bola de cuero que se deja zurrar, de una manera pasiva realmente idiota, ¿por qué no dar al juego cierta travesura haciendo que el balón juegue también? El balón podría tener un aparato de relojería y un resorte. Podría llevar un motor de explosiones, y si esto escandalizaba demasiado, un sistema cualquiera más discreto y más silencioso. Yo no veo que haya imposibilidad absoluta para la mecánica moderna en construir un balón que en manos de operadores hábiles vaya, derecho ó en zig-zag, rápidamente ó por tiempos, á meterse él solo en la portería.

Imagínese la variedad que dará al juego una innovación de este género. Se complicará mucho toda la teoría y habrá que salvar, en primer término, lo que en este deporte, un poco rudo, pero leal, pudiera juzgarse ardid ilícito ó ventaja. Creo, sin embargo, que con sortear los balones estaba todo arreglado, y confieso también, aunque vaya contra las reglas, que no me parece efecto de mala ley la sorpresa que habían de llevarse portero, centros, medios, derechas é izquierdas de las filas enemigas la primera vez que tuvieran con entenderse que uno de estos balones refractarios á la táctica actual.

Ya sé que esta idea no será aceptada, y acaso parezca impropia de la formalidad del juego; pero con el tiempo la veremos importada de los campos de *foot-ball* americanos ó alemanes. Es la desdicha de los españoles imaginativos capaces de trazar las primeras líneas de los grandes inventos y condenados á morir aburridos por la incomprensión de sus compatriotas.

LUIS BELLO

## HAS BRILLADO, MUJER...



En el sendero nostálgico  
de mi noche atormentada,  
has brillado, mujer, como  
una áurea estrella enigmática.

¿Para qué has aparecido?  
¿Para el bien ó para el mal?  
¿Eres la gracia del cielo,  
ó eres el genio infernal?

¿Por qué, tan inesperada,  
te cruzas en mi camino?  
¿Por qué presiento que tienes  
las llaves de mi destino?

¿En dónde espejas el alma?  
¿En tus dulces ojos claros  
y leales, ó en el rictus  
de crueldad de tus labios?

No lo sé... Pero te miro  
y tiemblo con un temblor  
que es, á un tiempo, alucinante,  
gozo, esperanza y pavor...

Alberto VALERO MARTÍN

DIBUJO DE OCHOA

# ENTREGA DE LA BANDERA A LOS REGULARES DE LARACHE

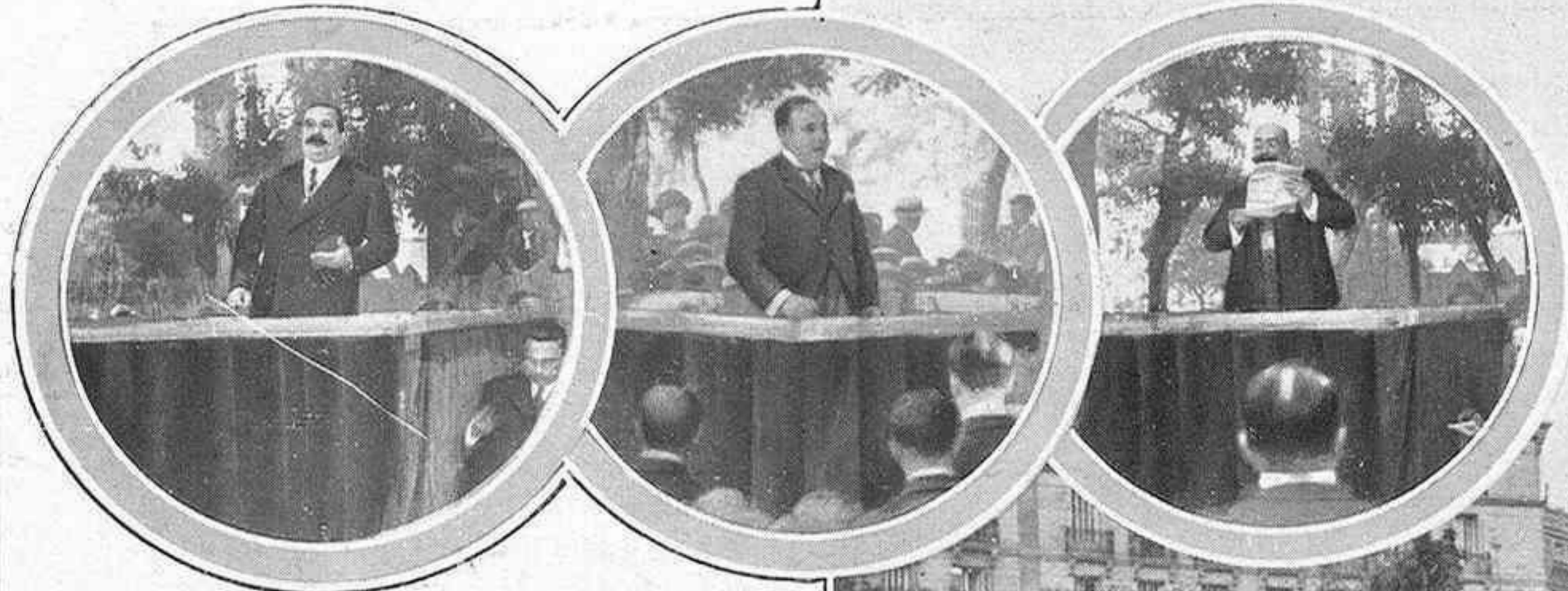


¡Solemne momento este en que la Reina, en medio de la Plaza de España, de Sevilla, hace entrega de una bandera a los bravos Regulares de Larache! En torno de la majestuosa figura de Doña Victoria había un ancho silencio de emocionado respeto. Bajo la luz clara de los días otoñales de tierras del Sur, fulgían las armas, los bordados, los militares arcos de gala, el duro altar donde se bendijera la enseña que el sol africano irá decolorando y el ardor bélico cubriendo de trofeos. Sonaba la voz de la Reina en palabras de heroísmo, de fervor, de fe en las victorias futuras, de gratitud para las hazañas preteritas, en la oscuridad deslumbrante de la hora y de tantos centenares de españoles orgullosos de la garrida prestancia femenina, del verdaderamente regio empaque de su actitud, mientras aquella voz se acercaba a todos los corazones en una maternal cadencia. Porque era esto lo que representaba el acto de entregar en la plaza

de la nacional advocación nuestra Reina la bandera a los hombres de Ejército español con siroso indumento marroquí. Era España misma la que exaltaba el ímpetu feliz de González Carrasco y de sus soldados en los instantes solemnes. El materno orgullo de saber héroes a los hijos que la guerra presta intactos para recobrarles de nuevo. Y cuando la voz cariñosa y enérgica a un tiempo mismo cesara, cuando las otras viriles dijeron también diversos acentos de la esperanza y el entusiasmo patrios, extinguidas las músicas y los vitores, desaparecido el último revuelo blanco de los jaiques morunos, la hermosa plaza sevillana sería como un corazón de mujer española, aromado de incienso, cálido de luz, tembloroso de sacrificio y latiendo por los hombres que luchan al otro lado del mar...  
FOT. CAMPUSA

## LA FIESTA DE LA RAZA

Rubén Darío (antes Cisne)



El alcalde de Madrid, señor conde del Valle de Suchil; el Encargado de Negocios de Méjico, D. Alfonso Reyes, y el diputado provincial D. Hilario Crespo, en el acto del descubrimiento de la lápida en honor de Rubén Darío

El Ayuntamiento de Madrid ha cambiado de nombre la Glorieta del Cisne—romántico apelativo que hubiera sido triste ver mancillado por la evocación de un político, según es costumbre en nuestro callejero—, titulándola para lo sucesivo *Glorieta de Rubén Darío*. Y se ha elegido la Fiesta de la Raza para que el hecho laudable tenga la resonancia pública y la espiritual huella debidas.

¡Afortunado sitio este del Madrid—no viejo, pero sí de ayer—libre de muchedumbre, plácido y silencioso, con sus cercanías de frondas urbanas, donde ya era grato sentir el hechizo de las noches de luna, sabiendo que paliaba nuestra soledad el encanto de las dos bellas palabras evocadoras! ¡Glorieta del Cisne! Se pensaba en una estampa del 1830 apasionado. Se sentía agitada la sensibilidad por rítmicos lirismos.

Al cisne solitario han venido á unirse los cisnes unánimes con su desfile lento, soñoliento, moviendo fantasmales los arabescos blandos de sus cuellos. Y en medio de ellos la figura hercúlica, impetuoso sonoro del poeta.

Habríamos—ya en el logro repentino de aciertos—deseado cabal plasticidad y más sobrio escepticismo para el recuerdo escultórico del Municipio á las gentes de cómo era Rubén Darío y lo que su obra significa. Vigilemos, pues, las iniciativas venideras, pensando en el posible momento donde la aureola no se amortigüe, ni la ensoñación se desvirtúe.

Porque es el período peligroso para la canonización profana de los poetas cuando las multitudes lo recogen ya todo él dilatado en



Detalle de la manifestación escolar celebrada en el día de la Fiesta de la Raza ante el monumento de Colón, en el Paseo de la Castellana, de Madrid FOTS. DIAZ



Lápida colocada por el Ayuntamiento de Madrid en la Glorieta del Cisne dando á ésta el nombre del insigne poeta americano Rubén Darío

(Obra escultórica de D. Rafael Vela)

ecos. Toda mano se atreve á enlazar de raso sus laureles y toda voz á repetir sus estrofas.

Cada año la sombra resplandeciente es evocada en discursos de «aproximación». Con el Océano en medio, España y América rivalizan de festivales donde la raza es cortejada como una mujer majestuosa, íntegra y fuerte por Don Juanes atrevidos y lenguaraces, místicos abrasándose en sus fervores, y raros, aislados hombres que la aman de un modo profundo, sereno y perdurable, más allá de las luminarias y los arcos triunfales.

Era temible, por tanto, la elección de quien afrontara la obra de Rubén Darío en ese instante en que Madrid le consagraba un lugar amable de su siglo XIX, invadido por la clara renovación de la época actual.

Peró América elige bien sus representantes. La diplomacia hispanoamericana se confía á los escritores, á los artistas, como Europa hacía en otro tiempo. Y ello da de antemano la garantía intelectual, no siempre segura en los casos recíprocos.

Así, en la capital de España, América ha tenido ahora su acento justo en Alfonso Reyes, Encargado de Negocios de México.

Hizo surgir Alfonso Reyes ante los que imaginaban conocerle, ante las miradas distraídas hasta entonces, de las adolescencias endomingadas de las Escuelas públicas, al Rubén Darío estatuario y al Rubén Darío cordial, al poeta ya sobre el plinto y al infortunado aventurero de los sueños radiantes.

Y mientras el exégeta hablaba, recordábanos su obra personal esparcida y escuchada de un modo eficaz por las mismas tierras que el nombre de Rubén ha colmado. Reyes, historiador, crítico, ensayista, está señalado ejemplarmente á sus contemporáneos; y nosotros agradecemos al Destino que fuese América la que hablara en esa voz á Madrid, la mañana de Otoño, desde la *Glorieta de Rubén Darío* (antes—y siempre—Cisne).

José FRANCÉS

# AÑORANZA FAMILIAR



Hoy vuelvo á la mansión del pueblo en que he nacido, en el que dulcemente fué pasando mi infancia; el pueblo castellano que yo siempre he querido con profunda emoción y con firme constancia.

Ya vislumbro sus torres gigantes y altaneras, que en el centro del pueblo se alzan majestuosas, añorando el recuerdo de las glorias guerreras en contiendas triunfales y en las gestas famosas.

He llegado á las puertas donde termina el llano, y ambulo por sus calles pinas y solitarias, y llega á mis oídos el salmodiar cercano con que un coro de monjas eleva sus plegarias.

¡Noble mansión, ungida de aromas familiares, con herrados portones y cerradas vidrieras; salones donde vagan mis sombras tutelares y que oyeron la música de mis risas primeras!

Ya pasaron los días alegres de ventura que, encantado, vivía en el hogar paterno; ya la luz de mi alma se trocó en niebla oscura como un brumoso día de riguroso invierno.

No hay en mi corazón un ritmo de armonía que ayude á florecer mis muertas ilusiones. Mi musa está muy triste; ya perdió la alegría radiante, que inspiraba mis ingenuas canciones.

El triunfo más sonoro me será indiferente; ya no ansío alcanzar el lauro de la gloria; abrumado de pena, hoy mi vida doliente se consagra al recuerdo de honrar vuestra memoria.

Ya no ve mi retina más que opacos colores en el iris que nimba mis sueños ideales; ya no hay manos sagradas que ahuyenten mis dolores con sus santas caricias puras y fraternales.

¡Con un desbordamiento de fiebre que me abraza, temblando de emoción aletean mis manos, y llorando recorro las salas de la casa buscando, inútilmente, á mis padres y hermanos!

¡Qué gran tristeza pesa sobre todas las cosas! ¡Ya es mi único consuelo mirar vuestros retratos y evocar mis queidas memorias dolorosas que mitigan mi pena con sus recuerdos gratos!

Ya la madre, tan santa, no inclina la cabeza en las veladas, sobre la hogareña labor; ya no bordan sus manos con singular destreza los lienzos familiares sobre su bastidor.

Ni ya el padre, arquetipo potente de la raza, cuenta á sus pequeñuelos con ingenua alegría, al claror del hogar, los lances de la caza de retorno de alguna famosa cacería.

Ya no suena la música de la risa infantil en la gran soledad de los tristes salones, y la divina hermana, de manos de marfil, no sueña entre las rosas de los viejos balcones.

No hay nada que compense la suprema alegría de sentir el placer de haberlos conocido, pero tampoco nada supera á la agonía que me desgarró el alma, tras de haberlos perdido.

¡Vieja casa solar de mis antepasados, que encierras en tus muros todo mi sentimiento; á través de mis luchas y mis sueños frustrados! ¡A ti, como á un oasis, vuela mi pensamiento!

Lorenzo ROLDÁN

DIBUJO DE BARTOLOZZI

## CONFIDENCIAS

# DIVAGACIONES SOBRE LO INFINITO

La voz más grata que puede oír el corazón es la voz del silencio. El silencio es más fecundo que la palabra, más elocuente, más vivo, más sincero que el verbo. Las grandes cosas que nos decimos los hombres nos las decimos callando. Todos sabemos, por ejemplo, que los amantes nunca acaban de decirse lo que se tienen que decir. Los ojos hablan más y mejor que la lengua. A veces hablan también las manos —¡oh, las manos de Eleonora Duse!—, y en los políticos de profesión de nuestra España todos saben que su órgano expresivo reside en el bajo vientre.

En el silencio, un querido amigo nuestro, que nos acompaña en nuestras soledades y en nuestras excursiones por las zonas de la verdad y del bien, Giacomo Leopardi, oye una voz que nosotros también oímos. Cuando se hunde en el pensamiento puro la mente de Leopardi, oye silencios sobrehumanos y se abisma en hondísimas quietudes, *profondissime quiete*. Y el corazón, su pobre corazón de jorobadito, de conde arruinado, de señorito de pueblo, de poeta melancólico que lucha vanamente por dar á su pensamiento una expresión cabal; su pobre corazón de erudito que recuerda á todas horas la *prima battaglia d'amore*; su corazón de hombre que ve «cómo surge en torno á las tinieblas la

dulce imagen», no se espanta ni se sobrecoge al llegar al final de su experiencia: ¡la infinita vanidad de todo!

¡No, no, no! ¡Qué ha de ser todo vano, dulcísimo poeta del dolor! No lo es el dolor, por de pronto, que talla las almas y las pule, y las hace fuertes, eternas y puras; no lo es el silencio, preñado de armonías; no lo es lo infinito que descubre en este silencio tuyo de eternidad, poeta. ¡Si lo dices tú mismo!

... io quello  
silenzio a questa voce  
vo comperando...

Y al medirlo, al sondarlo, al tasar este silencio tuyo en todo su valor trascendental, ¿no adviertes cómo las alas de lo infinito te rozan el corazón, henchido de emociones, y la parte, repleta de tempestades, que se disipan, luego, en suspiros, lágrimas, sollozos, esperanzas y versos?

Este silencio de lo infinito que oye nuestro corazón nos hunde en la eternidad porque nos desliga de nuestros enemigos naturales, el tiempo, el espacio, ó tal vez y mejor, porque vivimos, á la vez, en todos los tiempos y en los espacios todos.

... e mi sovien l'eterno  
e le morte stagioni, e la presente  
e vien, e il suon di Lei.

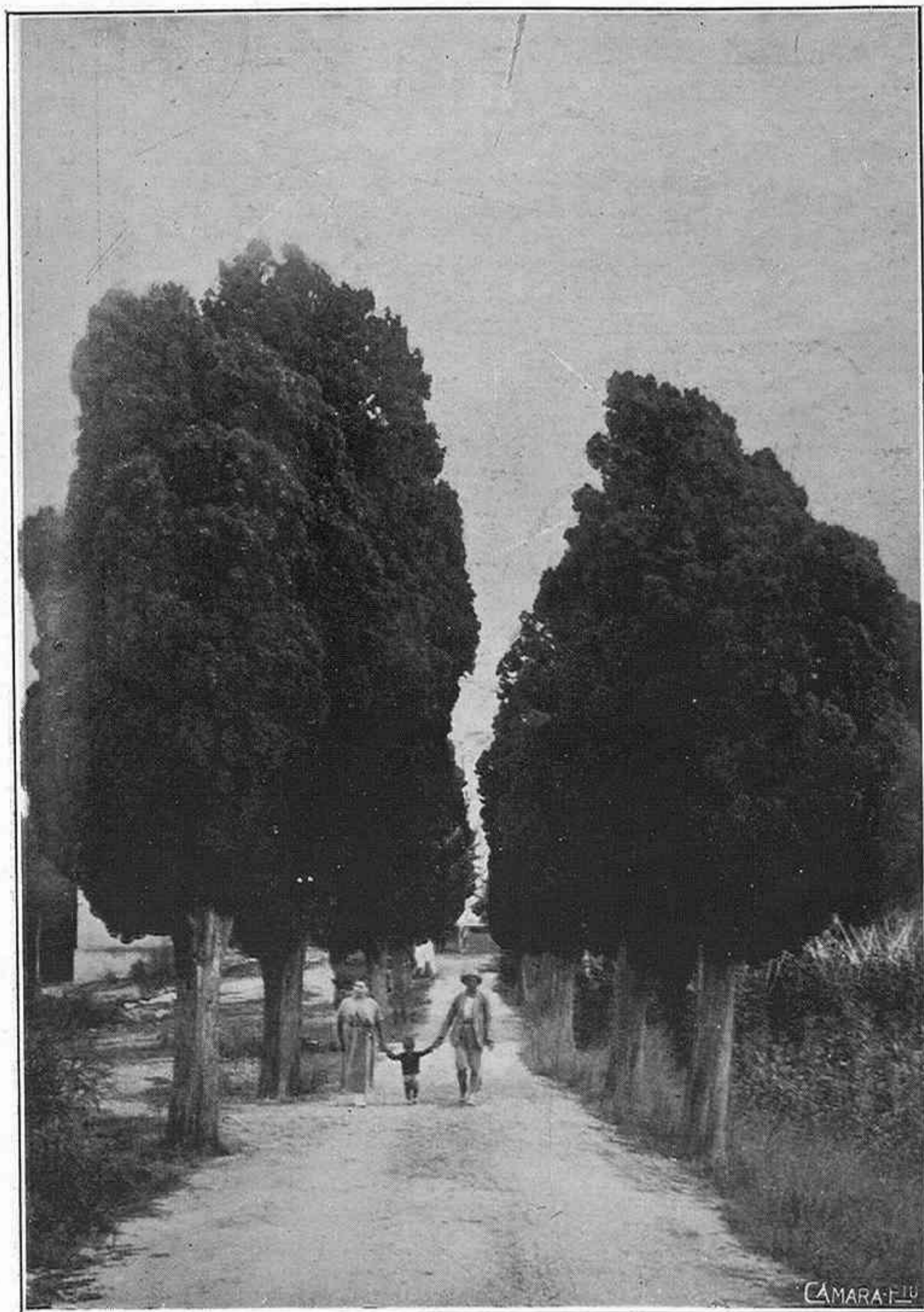
Las estaciones muertas, y la presente y viva —¡dices bien, poeta!— revivimos en este silencio de eternidad que nos visita de tarde en tarde, y en el silencio sorbemos también, empapando de dulzura los oídos de nuestro espíritu, *il suon di Lei. ¡Il suon di Lei!* La voz de ella, que es voz de Dios, voz de la especie y voz de la esperanza. Voz de ella, que nos acaricia con suavidades de terciopelo; voz que mimica, voz que guía, voz que sonríe, voz que conforta, voz que recrimina, voz que asusta, voz que atrae... ¡Voz de Dios!

Y en estas inmensidades se anega el pensamiento de mi poeta y mi propio pensamiento. Y el poeta naufraga en este mar y yo también naufrago. Pero, ¡qué dulce es este naufragio del poeta y este naufragio de mi corazón, sediento de ternuras! Después del naufragio, viene el salvamento. Actúa de salvador una madre, un niño, una amiga, un enemigo que nos despierta —con su aversión— del sueño de nuestro egoísmo. Pero los mejores salvadores del gran naufragio somos nosotros mismos.

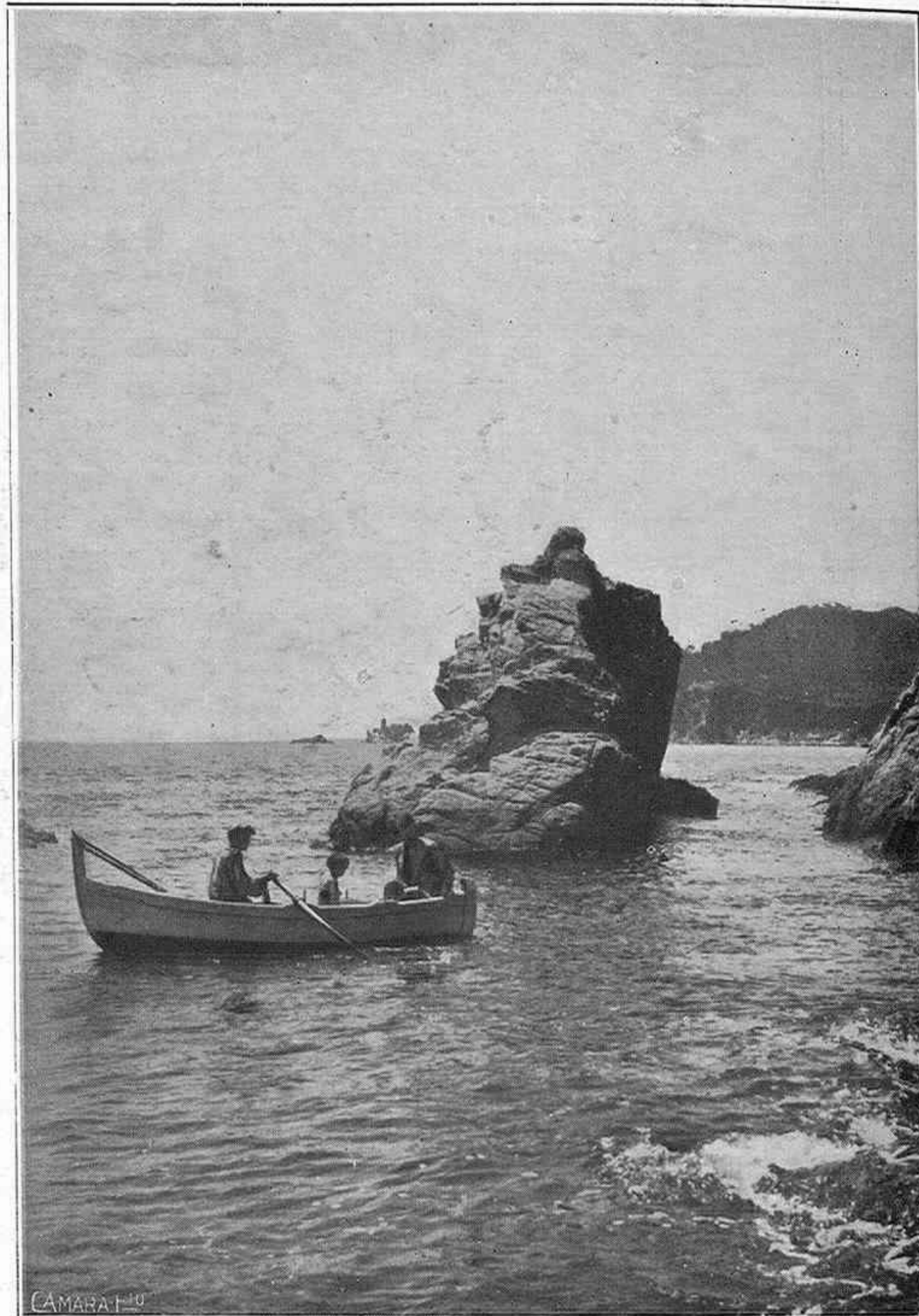
¡Y desgraciados de aquellos que no han naufragado nunca en esta inmensidad del silencio, en este mar de lo infinito!

José SANCHEZ ROJAS

DE LA ESPAÑA PINTORESCA  
**SANTA CRISTINA DE LLORET DE MAR**



El paseo de los Cipreses



Vista de la costa

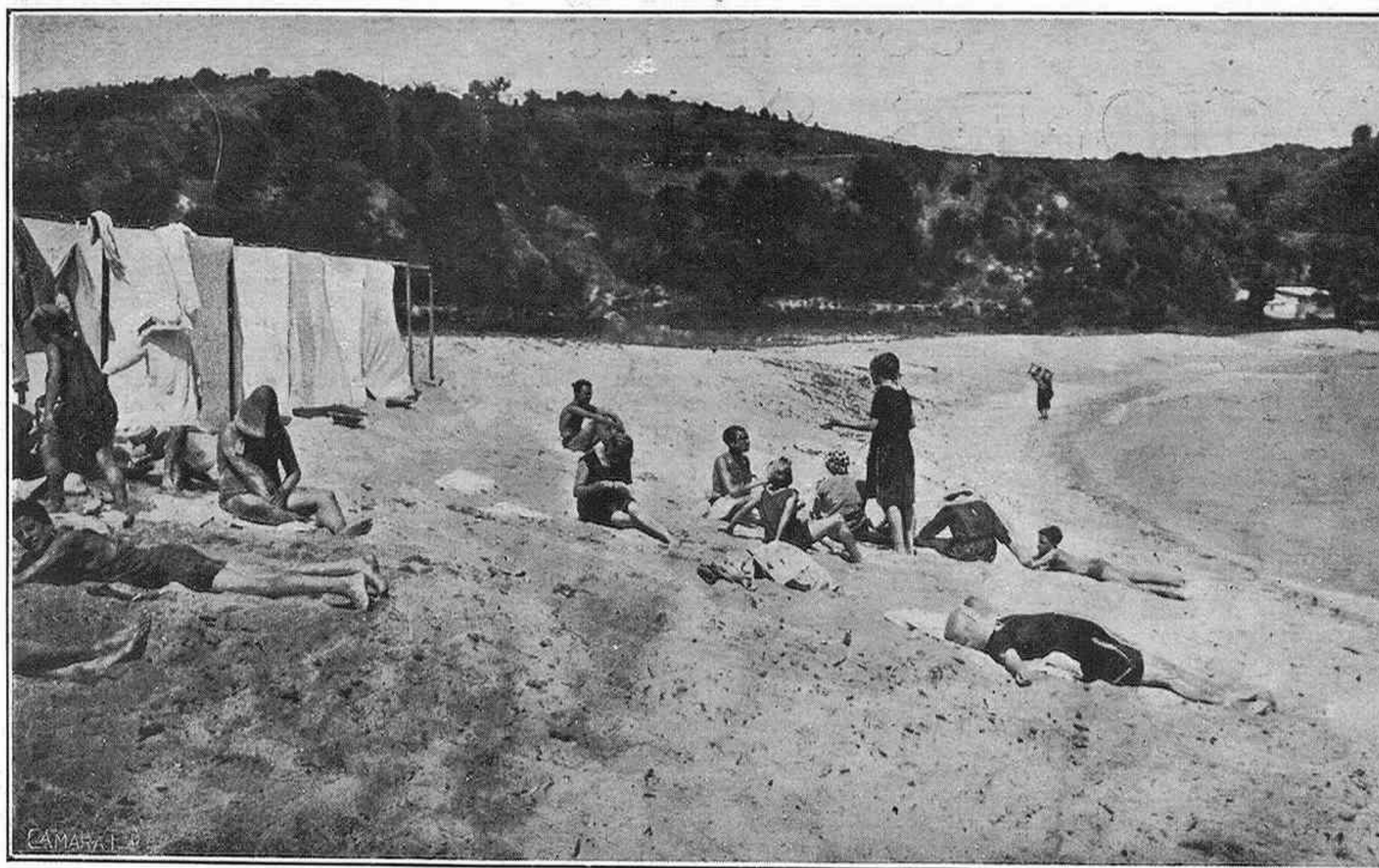
EN los límites de la provincia de Gerona y en las cercanías de la desembocadura del río Tordera, donde empieza la hermosa Costa Brava, entre las pintorescas villas de Blanes y Lloret de Mar, se encuentra Santa Cristina.

Es un fragmento de la recortada costa, mal llamada de Levante, que afectando la forma de colina, avanza sobre el dilatado mar. En la cúspide de la misma hállase enclavada la antigua ermita de Santa Cristina, de donde toma su nombre aquel pintoresco rincón de Cataluña, y contigua á la ermita, una casa de reciente construcción.

El perfil de este fragmento de costa es idéntico al resto de la provincia. De una parte, se presenta brava y escarpada, con aquellas rocas formidables, que cuando está el mar agitado van á estrellarse en

ellas las ondas marinas, produciendo nubes de agua de extraordinarias alturas. Ya preséntase dicha costa en forma suave y tendida, de una superficie plana y arenosa, constituyendo una hermosa playa de escasa pendiente, cuyas olas, al resbalar por la misma, producen un constante murmullo, agradable al oído, al mismo tiempo que ribetean con una alfombra de blanquísima espuma todo el radio que besan las olas rizadas de aquel azulado mar. Esta clase de playas son ideales para varar las barcas pescadoras, tan numerosas en toda la región.

A una y otra parte de la colina forma la costa dos extensas calas ó golfos pequeños, muy abundantes en toda esta parte marítima; lugares adecuados para resguardar de las tormentas á las barcas de escaso calado. Constituyen dichas calas dos hermosas



Una de las playas de Santa Cristina

playas de suave pendiente y de finísima arena, que aprovechan los turistas en la época estival para tomar los baños de agua y sol, á cuyo fin improvisan, sin orden ni arte alguno, sencillos balnearios, que se ven concurridísimos á todas horas. Es una excursión deliciosa adquirir una barca y surcar aquel hermoso mar, recorriendo la parte rocosa de la costa, que está formada en algunos parajes por peñas de una disposición tal, que algunas veces se parecen á verdaderos laberintos, según la disposición natural que presentan.

Si abandonamos el mar y nos internamos por la parte montañosa de aquel rincón privilegiado, apenas nos alejamos de la silueta que forma la playa, en la terminación de las olas, ya nos hallamos en plenos y aromáticos bosques, donde fraternizan con los corpulentos y altivos pinares las majestuosas encinas, que en colaboración de la retama y el tomillo, perfuman el aire con tal fruición, que tonifican el cuerpo del excursionista, al mismo tiempo que proporcionan al alma el placer de bañarse, ante la belleza de la Naturaleza, allí tan prodigiosa.

Sería tarea difícil pretender describir lo sublime del paisaje, asunto para tratado por pluma más competente. Sirva lo dicho como una ligera evocación á lo que de maravilloso tiene este rincón de la costa gerundense, y pasemos á detallar el Santuario, para terminar describiendo la ruta que debe seguirse para ir á Santa Cristina.

Al principio de la crónica decía que una ermita y una casa á ella contigua constituirían la parte edificable. La casa se aprovecha como hotel, donde moran los turistas que allí pasan temporadas; dispone de escaso número de habitaciones, y si

bien no reúnen el confort necesario, es aceptable el servicio. Sería casi completo instalando el teléfono y una combinación de tarjantas que condujeran al visitante al pie del hotel.

La ermita, hoy convertida en santuario, data

Merece consignarse el espectáculo que se presenta desde el mirador algunas noches en verano.

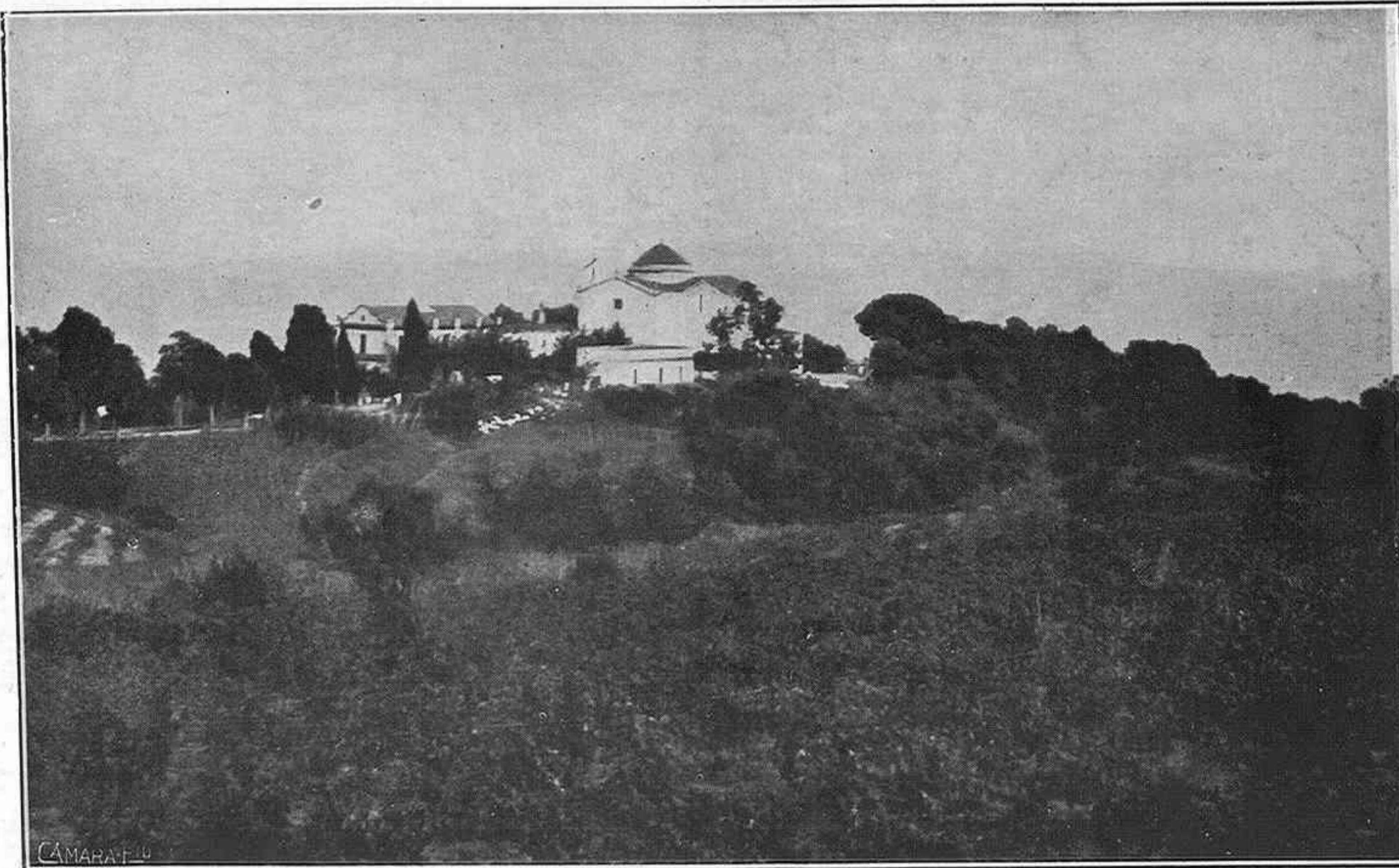
Numerosas barcas pescadoras, que desde aquellas costas avanzan hacia el mar, iluminadas con potentes luces blancas de acetileno, cuyo objeto es, como dicen por aquellos lugares, *la pesca a l'encesa*, proporcionan un cuadro sublime, semejante á un interminable paseo marítimo, cuyas blanquecinas y lejanas luces cabrillean sobre la obscura superficie del mar, produciendo un efecto sumamente fantástico.

Casi al pie del santuario, y próxima á la playa, hay una fuente, muy concurrida siempre.

Un extenso y bonito paseo de corpulentos cipreses, que empalma con otro de frondosos almendros, y una pequeña ermita colocada al finalizar este último paseo, señala el límite de aquel paraje ideal.

Para efectuar el viaje desde la Ciudad Condal, hay que tomar el tren hasta Blanes (61 kilómetros). En esta estación hay ómnibus que hacen el servicio hasta Lloret, cuyo recorrido, por espléndida carretera, dura una media hora escasa, hasta llegar al atajo, que ya indica el conductor. Apéandose del coche y subiendo una pequeña cuesta, cuyo camino está bordeado de pinos por ambos lados, en menos de quince minutos nos hallamos en la cúspide de la montaña, desde cuyo lugar ya admiramos el sublime panorama de la Costa Brava, anteriormente descrito, donde se halla Santa Cristina, ese escondido paraíso catalán, de aguas nítidas, de rocas fantásticas y de arenales cuajados de fragantes lirios, cuyo delicado perfume embalsama aquel ambiente de luz y poesía.

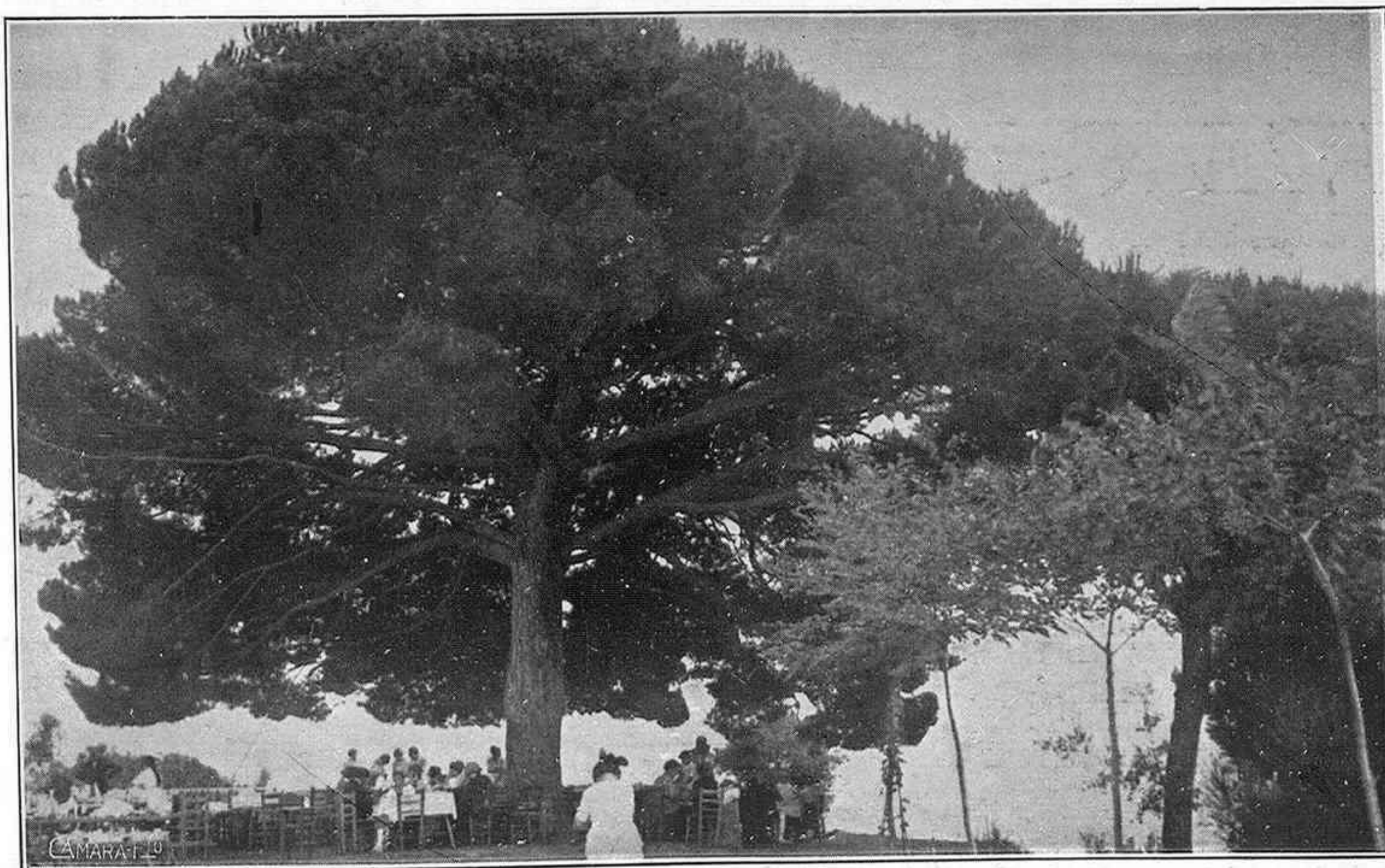
PEDRO CANO BARRANCO



Vista general de Santa Cristina de Lloret de Mar

del siglo XIV, y tuvo que ser ensanchada en Mayo de 1764; tiene un precioso altar mayor, todo él de mármol superior, y algún que otro retablo de gran mérito artístico.

Forma la cresta de la colina una amplia plazoleta que sirve de mirador á toda aquella extensa y pintoresca ribera marítima. Casi al centro de la mencionada plazoleta yérguese un gigantesco pino centenario, debajo del cual congregase toda la colonia, utilizándose como pabellón comedor durante el verano. Este árbol tiene también ribetes de histórico, pues bajo su espesa y amplia copa pactaron los políticos Salmerón y Cambó, cuando la efervescencia de Solidaridad Catalana.



Pino centenario





ALBUFERA—nadie lo ignora—significa lago de agua salada, y existen varias en España, siendo la mayor la de Valencia. Su belleza y sus tesoros merecieron en todo tiempo la atención y la codicia de príncipes y de escritores, como Plinio, como el Rey Don Jaime, como Godoy... Los árabes la llamaban *pequeño mar*. En la actualidad pertenece al Estado, y es un inagotable criadero de peces y el más espléndido cazadero de aves acuáticas.

Hasta aquí la información á la manera de los manuales de Geografía. Lo dice todo y no dice nada. Porque el inventario de esa laguna de cuarenta y cinco kilómetros no basta, como ningún catálogo en estilo notarial, á descubrirnos el misterio que constituye la característica de la inmensa lámina de agua, el hechizo medroso suyo, pese á las jiras domingueras de las gentes alegres de la ciudad. Claro está que hablamos como poetas, los hombres *que nos levantamos tarde y no acabamos de despertarnos nunca*, según la frase de uno de los habituales escopeteros de las albuferas tiradas.

En medio de las huertas amenas, y junto al Mediterráneo armonioso y

brillante, pone la gran balsa marina la única nota melancólica del paisaje levantino. Emanada de ella un prestigio penoso, el de la *malaria*, que llena las chozas en los arrozales próximos de fantasmas borrosos y trémulos, los enfermos que, envueltos en sus mantas negras, yacen casi exangües al sol, ó en las barcas que se deslizan espectralmente componen grupos de viajeros del país de las sombras. Flota sobre la infinita llanura líquida el terror que se apodera de quienes la atraviesan, de un naufragio en el cieno, caso de volcarse el esquife sin quilla, depositando su carga en el lecho baboso que jamás devuelve su víctima. Sucede que algunas noches aparezcan navegantes de conseja popular, á los que delata una farola que creemos brilla dentro del cristal salobre. Pero sin recurrir á episodios, ni acordarnos de los instantes dramáticos, sólo el aspecto de la inacabable superficie acerada contrasta ya con la risueña vega morisca, en que los cultivos semejan tapices orientales. La luna no encontraría otro espejo en la redondez de la Península. Mutuamente se embrujan el astro y el estanque, como Narciso y el remanso en que se miraba, que á su vez se miraba en los ojos del enamorado de sí mismo.

Mudo y prolongado idilio de dos magias, en tanto, allá entre los pinos, cuyos troncos lingen enjaular el Mediterráneo, se oye el rebullir de las alimañas, rasgando en ocasiones el pasmo del aire el silbo de una serpiente, adivinada por temida tal vez...

Reconozcamos, sin embargo, que mis paisanos—yo he sido bautizado en la parroquia más popular de Valencia; consignemos el dato para la historia—no se avienen con tristezas contemplativas. Raza laboriosa y pintoresca, estallante, sería capaz de poblar como en una pastoril griega sus bosques consagrados al dios Pan, si el arbolado se entenebreciese con buhos fatídicos. Ellos mismos, los *chés* carnosos y bermejos, con rizadas greñas azulencas, se convertirían en faunos, dedicándose á perseguir las ninfas ojeras y pálidas de ese marfil que tanta fama ha dado á la Venus valentina. Por fortuna, no fué preciso recurrir á los remedios heroicos. Para evitar en determinada época del año que el Mediterráneo y su hijuela se comuniquen, con lo que no podrían inundarse convenientemente los campos de arroz, construyeron y movilizan unas esclusas. De igual modo impiden que cuaje la Albufera en su

delirio fatal. Organizan caravanas de *paellers*; pueblan los canales, que sirven al lago de tentáculos con que apresar los poblados próximos; pueblan los canales de velas, cuya albura emerge de los haces de juncos. Bajo el domo azul resuenan cánticos y risas. Detrás de la henchida loma, resbaladiza de pinocha, en que sestean unos toros, al amparo del bosqueje pertumado y rumoroso, y con majestuosa indiferencia para el vuelo de las mariposas entre la lira de sus cuernos, se extiende la arena dorada y refulge el oleaje añil ó esmeraldino con sus crestas de espuma... Y en las fechas memorables invade los antiguos dominios regios un ejército de cazadores, que destrozan y aniquilan las legiones de fúlicas que vienen del Centro y del Norte de Europa; de los países de leyenda, los feudales y visionarios, en que bien pudieron las aves contraer el germen de la melancolía hiperbórea, con grave peligro de contagio para la tierra predilecta del sol.

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ

FOT. HIELSCHER

# EL TEMPLO DE LA CELEBRIDAD

AQUELLA noche Juan, que era ambicioso, se durmió pensando en la fama, sintiéndose invadido por ansias invencibles de volar hacia las regiones etéreas donde residen los elegidos, coronados de laureles y siemprevivas. ¡Ser célebre! He aquí la suprema aspiración de Juan.

Dormía ya profundamente cuando sintióse zarandeado con rudeza. Dió un restregón á los ojos, entorpecidos por el sueño, y miró á quien de tan inopinada manera le despertaba. Era un señor de venerable aspecto, con luenga barba de inmaculada albura, cabeza monda y ojos mortecinos, como de haber mirado mucho. Vestía amplia túnica blanquísima y empuñaba una segur de tajante filo. De su cintura pendía una clepsidra. Juan contemplaba con asombro al extraño personaje, que le habló así:

—¿Quieres acompañarme?

Sobreponiéndose á la sorpresa, Juan respondió:

—No sé quién eres.

—Soy el Tiempo. ¿No ves mis atributos? Sé que anhelas ser célebre, y quiero que me acompañes á visitar el templo de la Celebridad.

—Pero, ¿pertenece á tu jurisdicción?

—Naturalmente. La celebridad no consiste sino en inmunizarse contra los embates de mi guadaña. Yo lo destruyo todo, menos lo que vale la pena de ser conservado. Cuando encuentro alguna cosa que debe perdurar, me la llevo al templo y la archivo. Supuse que una excursión á mis lares te agradaría...

—Supusiste bien. Te agradezco la atención que has tenido. Guíame cuando quieras.

Juan se había tirado de la cama, vistiéndose rápidamente. Para que no se impacientara el acompañante y no desentonar de él, cubrióse con la sábana á manera de peplo. El viejo Cronos había echado á andar, saliendo de la alcoba. Juan marchaba en pos de él. Al pasar ante el armario de luna, no pudo menos de sonreír contemplando su facha. ¡Si le vieran en el Ateneo! Pero, bien mirado, no estaba mal: parecía un

ciudadano romano en pleno Foro. De repente, cuando creía salir al pasillo, se encontró en un paraje maravilloso, como la nave inmensa de una catedral fantástica. Luz vivísima iluminaba el ambiente. De las paredes pendían retratos, rotulados con artísticas cartelas.

—¿Cómo! ¿Hemos llegado ya? No creí que tardásemos tan poco.

—Eso te demostrará que no hay que esforzarse mucho para ser célebre. La celebridad se consigue cuando menos se piensa. Ser famoso es ser bien poca cosa. La Fama anda mal de la vista y, á más, es un tanto alocada; de ahí que reparta sus dones torpemente.

—No te entiendo.

—Te lo explicaré de una manera práctica. Mira ese retrato. Lee la cartela que tiene al pie.

—Es Jenner, el descubridor de la vacuna. Bien está su nombre en el templo. La Humanidad tiene con él un deuda de gratitud.

—Perfectamente. Fíjate ahora en el de al lado.

—Es Troppmann, el asosino. Su crueldad hizo época, aterrorizando al mundo. ¿Por qué ha de conservarse su memoria?

—Porque es célebre. Ya te dije



que esto de la celebridad no quiere decir casi nada. Pasemos adelante. Lee ahí.

—Pacientier, el vulgarizador de la patata. ¡Grande hombre, á fe! Un himno á la vida parece su recuerdo.

—Pues repara en la efigie inmediata.

—¡Napoleón! El insaciable ambicioso; el que por satisfacer sus vanidades no vacilaba en sacrificar miles de seres humanos... Mala pareja es para su adlátere: junto á él resaltan más las infamias de quien todo lo pospuso á la idea del propio medro.

—Pues, sin embargo, la Fama ha sido más pródiga con el sembrador de muertes que con los amparadores de la vida. Que le pregunten á un niño: «¿Quién fué el vencedor de Austerlitz?» Y es seguro que dirá al momento: «¡Napoleón el Grand!» En cambio, que inquieran: «¿Quién vulgarizó la patata?» De fijo la mayoría se encojerán de hombros...

—Es verdad. Es verdad...

—¡Oh! En esto de los personajes célebres hay donosas anomalías. Mira aquella estatua ecuestre y lee el rótulo que hay debajo.

—Dice: OMAR, en gruesas caracteres.

—Supongo sabrás se trata del destructor de la famosa biblioteca de Alejandria. Más de medio millón de volúmenes fueron pasto de las llamas

Diana, destruido por Erostrato. ¿Te convencen de lo que te digo? Es más fácil deshacer que crear. ¡Triste cosa es la Fama! Antes se logran sus favores por atajos de crimen que por caminos de virtud.

—Es desolador todo esto; pero verdad, mucha verdad... Sigamos, si te parece.

—Sigamos.

—Allí veo á Hero y Leandro. Famosos por amarse.

—Y cerca de ellos, Clotario II y Brunequilda. No menos famosos por aborrecerse.

—Talma, un gran cómico, célebre por fingir á maravilla.

—Y á su lado, Diógenes, un gran cínico, por decirle á todo el mundo las verdades.

—Artemisa, por conservar la fe conyugal más allá del sepulcro.

—Y Mesalina, la impúdica; espejo de mujeres depravadas.

—Trimalcyón, por pródigo y fastuoso.

—Y Harpagón, por avaro y misérrimo.

—Voltaire, por reirse de todo.

—Y Schopenhauer, por verlo todo negro.

Juan estaba un poco desconcertado, y así se lo hizo notar á su acompañante.

—¿Sabes que tienes razón? Ser célebre no supone mucho. ¡Si aquí hay de todo, bueno y malo, y tal vez más malo que bueno!

—Claro que sí, porque una cosa es ser famoso, y otra tener mérito. Ya sé yo que cuantos aspiran á la celebridad lo hacen pensando en este último aspecto, que es el aspecto noble; pero una visita análoga á la que estás haciendo descorazonaría á más de cuatro. ¡Es triste cosa que se hayan de medir por el mismo rasero, para los efectos de la inmortalidad, los grandes pensadores y los grandes necios, los filántropos y los criminales, los virtuosos y los malvados!

Salieron del templo. En el peristilo, varios acólitos del Tiempo llevaban nuevos retratos para enriquecer la iconoteca de celebridades. Juan, desilusionado, se encogió de hombros y volvió la cabeza. Esto le hizo dar un mal paso, á consecuencia del cual rodó la escalinata...

Al impulso del golpe despertó. Y, recapacitando sobre lo soñado, volvióse del lado de la pared y siguió durmiendo, convencido de que un sueño tranquilo, sin anhelos ni inquietudes, vale mucho más que la celebridad, y cuesta mucho menos...

Augusto MARTÍNEZ OLMEDILLA

DIBUJOS DE PENAGOS





# LA MODA FEMENINA

DEL EPISTOLARIO DE UNA MUJER SENTIMENTAL

Château de Surville, Octubre de 1922.

**C**ONFORME. Retiraré mis frases, mis dudas, mis sospechas, siempre que usted reconozca que ninguna de ellas eran infundadas.

Me dice usted que la penosa impresión de ánimo bajo la que me escribió fué la causa de que su carta, dirigida por distracción á mis antiguas señas, llegase tan retrasada á mi poder. Yo lamento infinito el que haya usted padecido

vadas líneas forrados de tapicería Beauvais; un reloj de florida peana, una consola ventru- da y unos espejos de complicada moldura que reflejan y multiplican la luz de las bujías, sostenidas por candeleros de bronce cincelado.

Hay veces en que hasta llego á imaginarme que yo no soy yo, sino una marquesita desterrada momentáneamente de la corte del *Bien Aimé*, por envidias de las favoritas ó amoroso mandato del propio Monarca.

Para hacer más verosímil la ilusión, me he confeccionado una exquisita bata *Watteau*, y entretengo las horas leyendo un tomo de cartas inéditas de la Du Barry, de las que seguramente no tiene usted la menor idea.

Cosa que me satisface. De otro modo, ¿quién sabe si me atrevería á leerlas yo?

Debo advertirle que se ha aumentado el número de ocupantes del castillo con un mayordomo en toda regla, de nacionalidad suiza, un lacayo que mide los seis pies de altura que mandan las Ordenanzas sociales y un capellán que aún no he



tan honda pesadumbre y, más aún, el que me oculte los motivos que la ocasionaron. ¡Cuán menguada idea tiene usted, por lo visto, de mi formalidad!

Su segunda carta, que hoy recibo, corrobora mi temor de no merecer su confianza. ¿Por qué, si no, deja usted de hacer alusión al contratiempo sufrido y me habla únicamente de



un viaje probable? ¿Me avisará usted, al menos, suponiendo que ésta sea un hecho, el día de su partida?

Por su causa ha perdido estabilidad y equilibrio nuestra correspondencia. ¿Cómo no, cuando todas las noticias y los comentarios parten de mí? Esperemos que con el tiempo se torne usted más franco, y, entre tanto, quiero proseguir el relato de mi vida, existencia fuera mejor decir, ya que á esto



He aquí siete modelos de sombreros, última palabra de la moda parisién, para la estación de invierno

se ha reducido de momento el paso de las horas. Son las cuatro de la tarde y llueve torrencialmente; como ayer y anteayer y todos los días desde nuestra llegada. Felizmente para mí, madame de L., bien por un cariñoso afán de complacerme, bien por contrarrestar el aburrimiento en que estamos sumidas, me ha permitido llevar á cabo algunas transformaciones en las distintas habitaciones del castillo, salvo en el salón y comedor de gala, que son sagrados para ella, y en su propia alcoba.

Yo, luego de reformar el resto de la casa, me he habilitado un delicioso gabinete estilo Luis XV, con muebles auténticos procedentes de un saloncito de confianza que ha sido preciso cerrar por haberse agrietado las paredes, y todos los días á estas horas procuro olvidar la tristeza del tiempo y el paisaje en la contemplación de unos silloncitos y un canapé de cur-

do á surtir mis armarios de ropa, con el objeto de que los trajes, los abrigos y los sombreros recobren la frescura que perdieron aprisionados en los baules. Hasta he llegado á ponerme un vestido de *soirée*, que, por lo sencillo, no desentona demasiado en este monacal ambiente. Un vestido de crespón gris perla, forma recta, sujeto á las caderas por un cordón de plata y enormes mangas de hábito, rematadas por un leve bordado en seda azul celeste.

Cuando le visto, se me antoja que soy una niña, una colegiala recién emancipada, que se prepara á traspasar el umbral á la vez temido y deseado de este mundo absurdo.

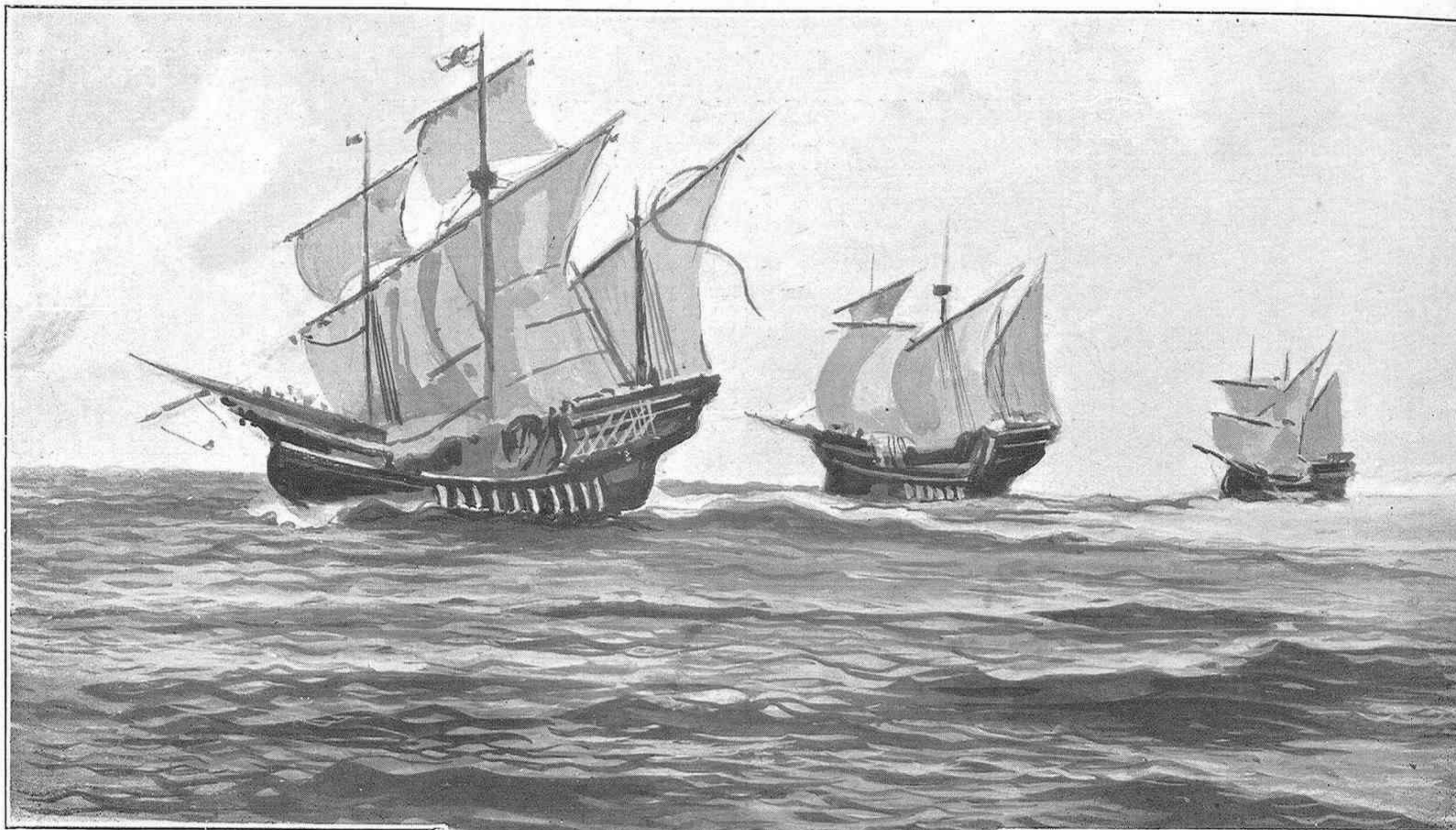


visto, pero que, según la tía Adelaida, es un hombre cultísimo y de grata conversación.

Estas llegadas son, como podrá usted suponer, anunciadoras de que la vida del castillo tiende á salir del completo abandono en que yacía.

En vista de ello, yo me he anima-





RIMAS HISTÓRICAS

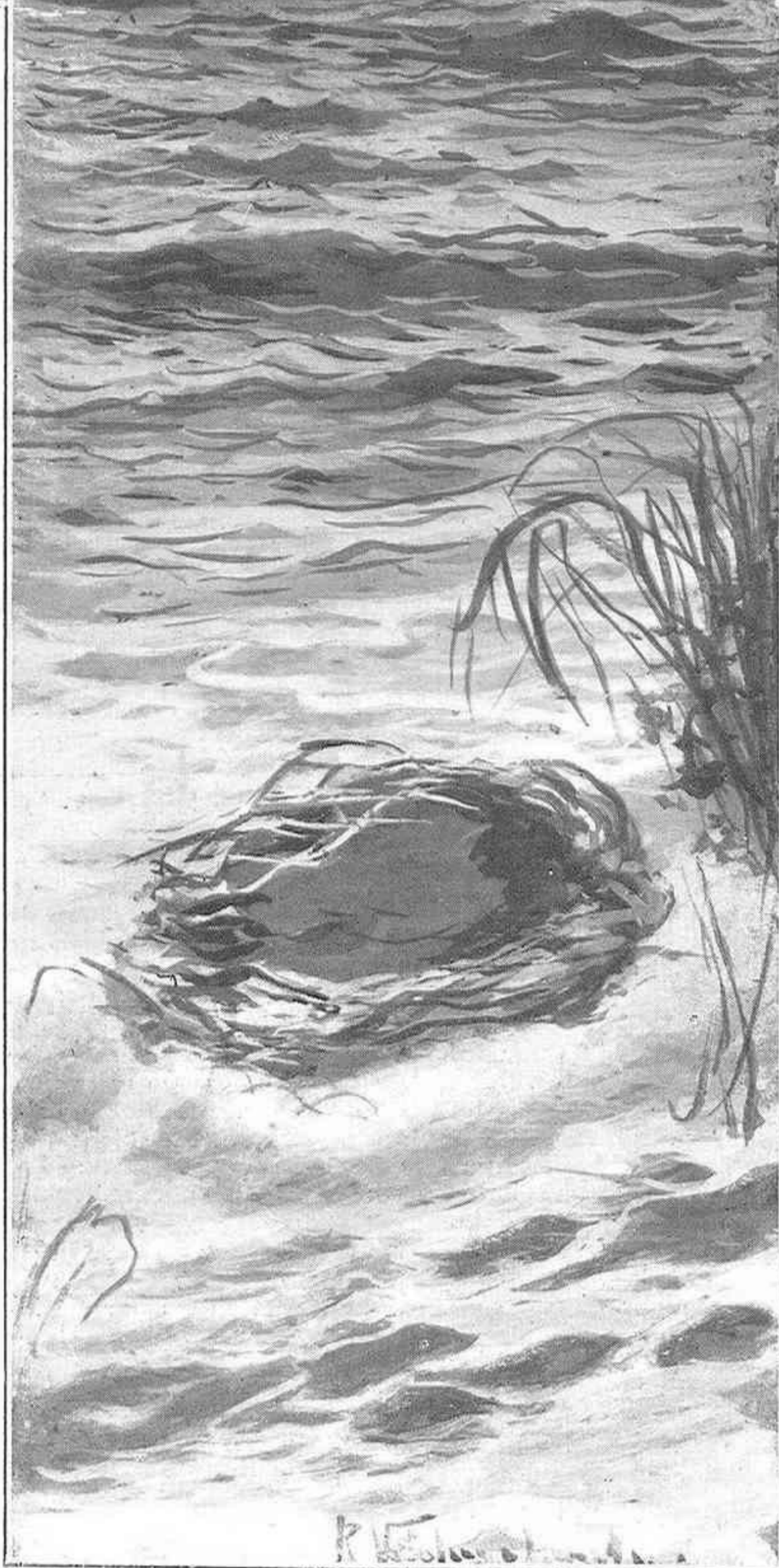
EL TRIUNFO  
DEL ALMIRANTE

(12 de Octubre de 1492)

Ya ha más de un mes que por la mar  
[inmensa] boga la flota que salió de Palos  
en busca de las Indias ignoradas  
que un argonauta extraño  
presintió que existían  
allá por los confines del Océano.  
Agua y cielo no más mira la gente,  
y aqúeste desamparo  
en tristeza y recelos al fin trueca  
el ardoroso y bélico entusiasmo  
con que dejara la española patria.  
Todos miran huráños  
al Almirante cuando ante ellos cruza  
ceñudo, grave, receloso y pálido,  
con la mirada de continuo puesta  
en el cenit lejano.

Bogan las naves, y al hendir los remos  
con recio impulso el proceloso ámbito,  
cuando quedan suspensos en las bandas,  
quietos por breve espacio,  
se dijera que el agua que despiden  
no es agua de la mar que levantaron  
al impulso de fuerzas galeotas,  
sino medros llanto,  
porque miran la muerte más cercana  
que la tierra ideal que van buscando.

Murieron en agraz las ilusiones;  
las flores de codicia se agostaron;  
apagóse la fe que hinchó los pechos  
y levantó los brazos.



El Almirante, á quien por su desdicha  
se le alcanzan muy bien estos desmayos,  
cúrales con argucias ingeniosas,  
como es medrar el cálculo  
de las millas que llevan avanzadas;  
mas ni así puede levantar los ánimos,  
que, en lugar de adelante, todos miran  
lo que atrás van dejando.

Queda, al fin, la disciplina rota,  
y todos piensan que estarán en salvo  
si el loco aventurero que les lleva  
pagara con la vida el temerario  
é «irrealizable» plan que arde en su mente.  
Colón, imperturbable, pide un plazo  
de tres días no más, y al cabo de ellos,  
si no se hallan cercanos  
á Tierra, ofrece su preciada vida.  
Aceptale la chusma el noble trato,  
y, mártir de su fe, torna el gran nauta  
hacia su gloria á encaminar las naos.

□□□

Dos días van corridos: agua y cielo  
tan sólo ven los ojos espantados;  
de pronto un haz de ramas y unas hojas  
las olas van llevando.

Algunas aves se ven en lontananza,  
que surcan raudamente los espacios,  
y en eterno vaivén llevan las olas  
un nidillo de pájaros.

Pasa la noche, y al rayar el alba,  
el vigia que viene avizorando  
con ansia loca la llanura inmensa,  
exclama, alborozado:

—«¡Tierra!! ¡Tierra!!»—Un alarido in-

se levanta á la vez en las tres naos...  
Colón, que está en el puente, se descubre,  
eleva al cielo con fervor las manos,  
y entona con unción el primer verso  
del «Te Deum laudamus».

Diego SAN JOSÉ

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

FIGURAS DEL TEATRO.—EUGENIA ZUFFOLI

En ese gran marco de bellezas lujosas y de alardes artísticos que es en la actualidad el Teatro Apolo, se destaca con méritos personalísimos Eugenia Zuffoli, la admirable tiple que todas las noches, desde su presentación, obtiene en los diversos tipos que interpreta en *Arco Iris* un éxito tan entusiasta como legítimo. Su espléndida figura, realzada por los costosos trajes lucidos por la revista; su arte, lleno de personalidad, de gracia y de encanto; su voz excelentísima y su depurada dicción, han hecho de Eugenia Zuffoli una de nuestras artistas más de moda... Diariamente la aplaude el público, rendido ante el arte y la belleza de la gran artista, sobre todo en la ya popular «canción de la pava»...



Eugenia Zuffoli, la bella tiple del Teatro Apolo, en la «canción de la pava», de «Arco Iris»

FOTS. CALVACHE

EL CENTENARIO DE SAN FRANCISCO JAVIER

Estreno del drama "Volcán de amor"



El actor Bartolomé Soler en su admirable caracterización de San Francisco Javier, protagonista de «Volcán de amor»

nas de la notable producción teatral, y en la que la admirable figura del Apóstol de las Indias aparece magistralmente dibujada.

Una de las notas salientes de las recién efectuadas fiestas de San Francisco Javier, en Pamplona, ha sido el estreno en el Teatro Gayarre del drama *Volcán de amor*, escrito expresamente para dicha solemnidad por el culto sacerdote navarro D. Jenaro Xavier Vallejos, cuya preciosa leyenda *Las Manzanas rojas* apareció recientemente en las páginas de LA ESFERA. El éxito logrado por *Volcán de amor* fué rotundo, definitivo, tanto para la obra y su joven autor, como para el notable actor Sr. Soler, que encarnó el papel de protagonista, y los restantes intérpretes. A continuación publicamos una de las más bellas escenas de la notable producción teatral, y en la que la admirable figura del Apóstol de las Indias aparece magistralmente dibujada.

roso é impreciso, de tonos casi negros. Se adivinará una arquitectura de capilla. Pero todo ha de ser como impalpable y fantástico. En el ángulo izquierdo se destacará una mancha roja y muy grande, en forma de cruz, que se irá iluminando, pero de modo que, dejando el escenario sombrío, envuelva toda la figura del santo en un rojo resplandor. Todo sucederá gradualmente, de suerte que dé tiempo de ir diciendo los versos correspondientes. De no poder verificarse el truco con la debida limpieza, será preferible que se suponga todo el paisaje, entre los bastidores de izquierda, limitándose en tal caso á oscurecer el escenario é iluminar solamente la figura del santo con muy viva luz. Las formas borrosas y como impalpables de la decoración y, sobre todo, del Crucifijo, darán la sensación de sobrenaturalidad.)

¡Oh! La capilla..., el altar...  
¿Qué quieres, sombra querida?  
¿Vienes á henchir sin medida la amargura de este mar?...  
... ¡Si estás Tú también allí, mi Señor Crucificado!...  
¡Si ese es tu rostro agobiado!...  
¡Si me estás mirando á mí!  
¡Divino Crucificado, á cuyo amparo viví!

en estos reinos lejanos.  
Ellos no entienden tus quejas...  
¡Ves que tus ayes son vanos, y triste, agobiado, dejas que esa Sangre de tus manos vuelva las piedras bermejas!  
(Tras un momento de pausa, se alzará en un arranque soberano.)  
¡No más perder con dolor toda tu Sangre divina!  
¡Yo la recojo, Señor!  
Con prenda de ese valor mi alma andará peregrina por donde quiera tu Amor...  
(En pausa y como escuchando algo lejano.)  
¡Otra vez oigo el clamor!...  
(Radiante.)

¡Ya voy! ¡Ya voy! ¡Es la China!  
(La figura del Santo se iluminará aquí con un nimbo deslumbrador, y así proseguirá hasta el fin, gigante, sublimísimo.)

Ya voy, hijos míos,—los que Dios me diera, ya voy, que no sufre—mi alma más espera.  
¡Salid á los muros—de todos los puertos!  
Lleva vuestro padre—los brazos abiertos...  
¡Salid á las playas!,—y todas las aves os dirán que vienen,—que vienen las naves.  
Llega á vuestro Imperio—su Grande Señor, la Sangre de Cristo,—¡mi volcán de Amor!!!...  
...¿Qué más pedir, Señor, si vas conmigo?  
¡Si mientras por tu gloria me fatigo mi corazón presente que Tú entre tanto de la Cruz pendiente estás sudando Sangre por mi amor?  
¿Qué más premio, Señor?  
Los hombres me han dejado de todo su favor desamparado;  
mas, ¿qué importa, si amor basta á quien ama, y yo, Señor (Inefabilísimo), y yo soy una llama?  
No me mueve, mi Dios, para quererte el cielo que me tienes prometido,  
ni me mueve el infierno tan temido para dejar por eso de ofenderte.  
Tú me mueves, Señor; muéveme el verte clavado en una Cruz y escarnecido;  
muéveme el ver tu cuerpo tan herido;  
muévenme tus afrentas y tu muerte.  
Muéveme, en fin, tu Amor en tal manera, que aunque no hubiera cielo, yo te amara, y aunque no hubiera infierno te temiera...  
¡No me tienes que dar porque te quiera, pues aunque lo que espero no esperara, lo mismo que te quiero te quisiera!!

ESCENA XIII

P. FRANCISCO

(Con el crucifijo entre las manos permanece mudo de dolor, y en los primeros instantes no puede cosa más que sollozar con una vehemencia que parte las entrañas. Césale el llanto y comienza su lamentación en un coloquio abrasado con Cristo Jesús.)

Me he ensañado contra él, y siento que no ha sido él... ¡Ay! ¡Siento que son mis pecados! ¡Necio de mí! ¡Soberbia de mi carne pecadora, llegar á creerme de que Tú, Señor, me eligieras para lo que solamente elegiste á tus doce Apóstoles! ¡Yo, nuevo San Pablo y hecho una sentina de pecados! ¡Pues hay orgullo mayor de esta alma vil? ¡Ay! No es don Alvaro, es el ejército de mis pecados el que levanta la muralla en el camino. ¡Por mí se pierden, Dios mío!... (Baja desfilado el brazo en que sostiene el Santo Cristo, y aparta de él su rostro con una amarguísima desolación.) ¡Apártate, Amor de mi alma! ¡Yo no me atrevo á mirarte!... Y ahora..., ¿adónde iré sin Ti?... ¡Oh! ¡Yo no puedo vivir más!... Todo lo abandoné por Ti, divino Salvador, hasta la dulce caridad de mis hermanos de religión, por venir á buscarte almas en estas tierras desamparadas..., y ahora... mis pecados me apartan de Ti... Señor..., luz de mi alma, ¿Tú también me vas á desamparar? Vete, Señor; pero dime antes adónde me he de volver, y dime qué he de hacer con este fuego que me abrasa el alma... ¡que yo encendí para abrasar el mundo!... Estrellas del cielo por donde me miraban sus santos ojos, ¡apagáos! ¡Ya no veré á mi divino Amor! ¡Voces de las aves y de las montañas y de las olas del mar, ya no me repetiréis más las palabras que El os decía para mí!... Y pues de nada me sirven ya, quitame, Señor, los ojos y déjame ciego, sordo, mudo y quitame esta vida que es un martirio sin Ti... (Comenzará á entenebrecerse la estancia.) ¡Ay!... La vista se me nubla..., me faltan las fuerzas... (Desfilado, busca un sostén y da varios pasos vacilantes. Se apoya, por fin, en un gran tabor y quedará cerca del proscenio á la derecha.) ¡Jesús!... (Se ha oscurecido ya. Con inefable dulzura.) ¿Es que me quieres llevar ya? (Rápidamente desaparecerá el telón de fondo y en su lugar surgirá el paisaje agreste y descarnado de las montañas de Xavier. El castillo se verá en el rincón izquierdo. Hecha la mutación con la mayor rapidez, comenzará á iluminarse el paisaje.) Pero... (Mirando con increíble estupor.) ¿Qué veo? ¿Dónde estoy?... Esos montes...

... esos montes..., esa sierra..., esos bosques..., ese río...  
¿Si será que mi alma yerra en el postrer desvarío?...  
Pero esos montes, ¡Dios mío!  
¡Esa es mi tierra!... ¡Mi tierra!!  
¡Oh! ¡El castillo!... Dulce hogar de mi familia perdida...

(Contempla, embebecido. Entre tanto vuelve á oscurecerse todo, y aparece otro fondo muy bo-



Una de las principales escenas del drama «Volcán de amor», estrenado con gran éxito en Pamplona

¿Qué quieres? ¿Qué quieres, di?  
... Señor, si de tanto duelo Tú mi logro no has de ser, no me des otro consuelo. Fuera de ti nada anhelo: ni el castillo de Xavier... ni las delicias del cielo...

(Aquí se ilumina la Cruz del fondo con el rojo resplandor.)

... ¡Oh, qué extraño resplandor!  
¡Qué desusada congoja!...

(Con grande espanto.)

¡¡Cielos!! ¡Sangre! ¡Sangre roja!  
¡¡Sangre de mi Redentor!!

¿Qué nuevo y fiero dolor Tu Sangre del Cuerpo arroja con tan prolijo sudor?

(Con inmenso pismo.)

¿Tú sudar Sangre, Señor?

(Queda extático un instante en la contemplación del prodigio.) (1)

... ¡Dime qué tienes, Amor! (Pausa.)

... ¡Ay! Es que oyes los balidos que llegan hasta tus pies de aquellos rebaños ido's en pos del lobo montés!  
¡Ay! Son mis hijos queridos esos, Jesús, que Tú ves, perdidos mi Amor..., perdidos...

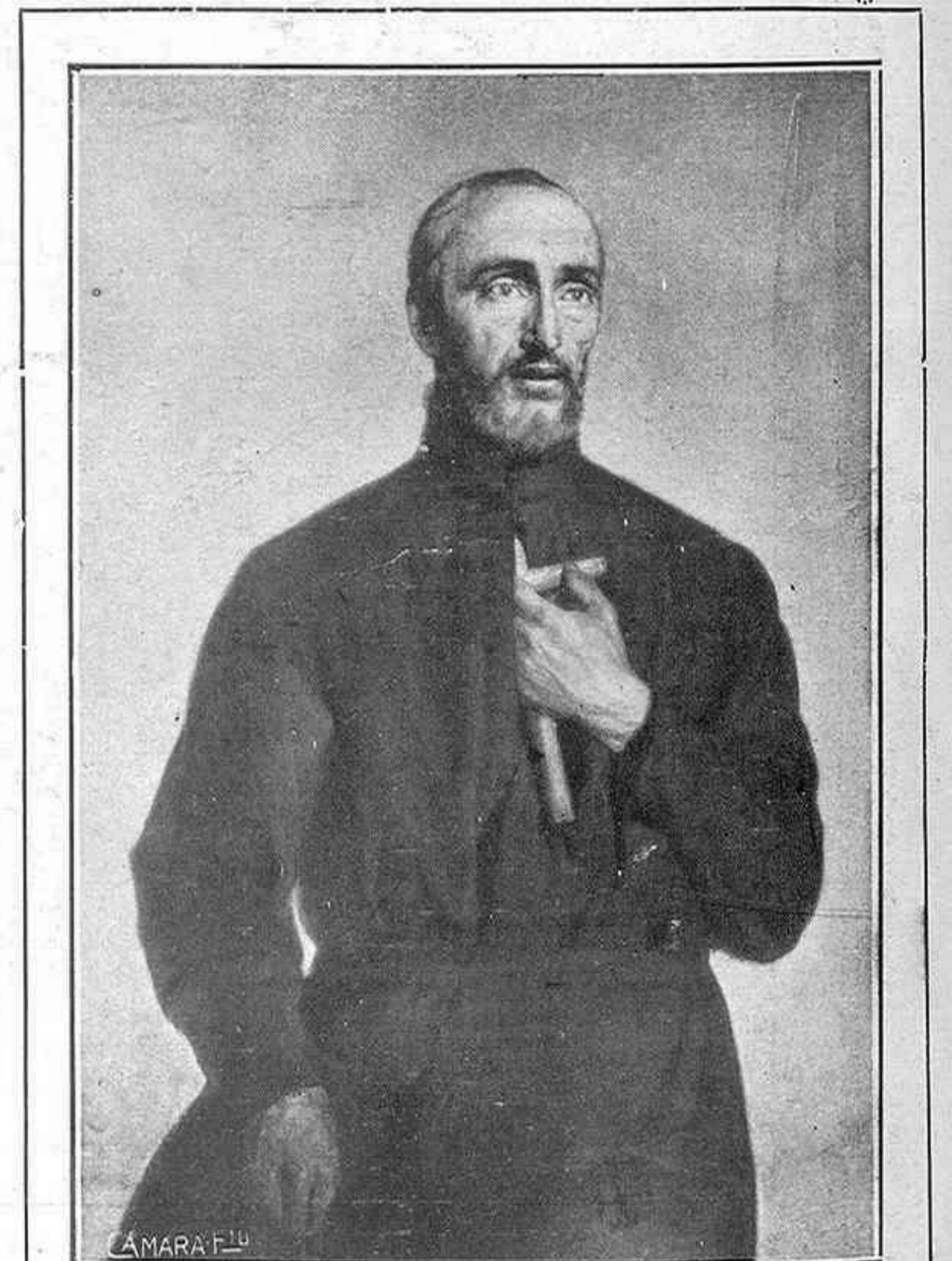
(Amarguísimo.)

No hay quien trabaje la mies. Nada importa á mis hermanos que se pierdan tus ovejas

(1) Aludo en este pasaje á la tradición que persiste todavía del sudor de sangre que sudó el milagroso Cristo agonizante de la Capilla del Castillo de Xavier, los viernes del último año de la vida del Santo.

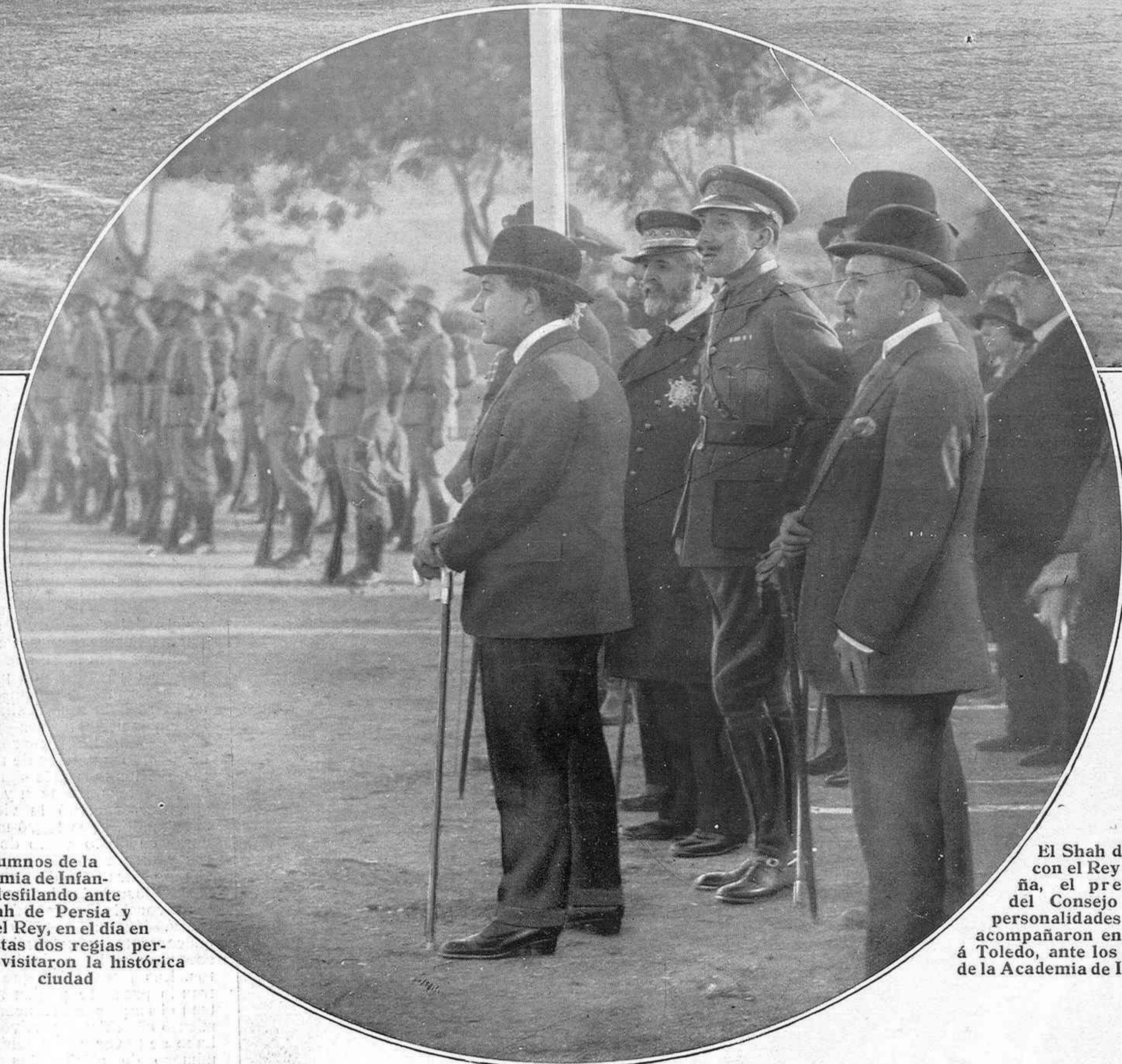
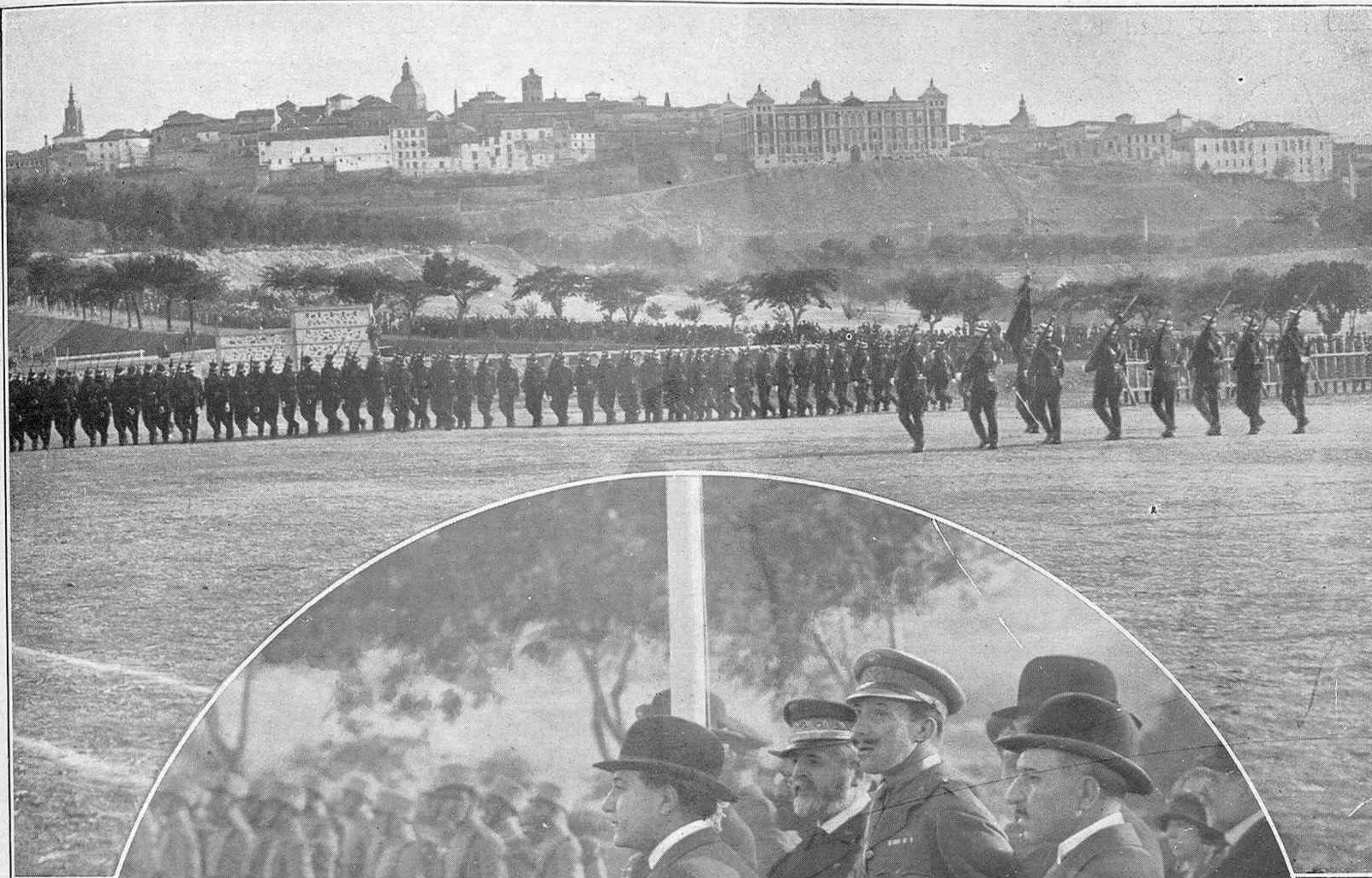
FOTS. RUPÉREZ

Jenaro XAVIER VALLEJOS



«San Francisco Javier», fragmento de un cuadro del ilustre pintor Elías Salaverria

# La reciente visita del Shah de Persia á Toledo



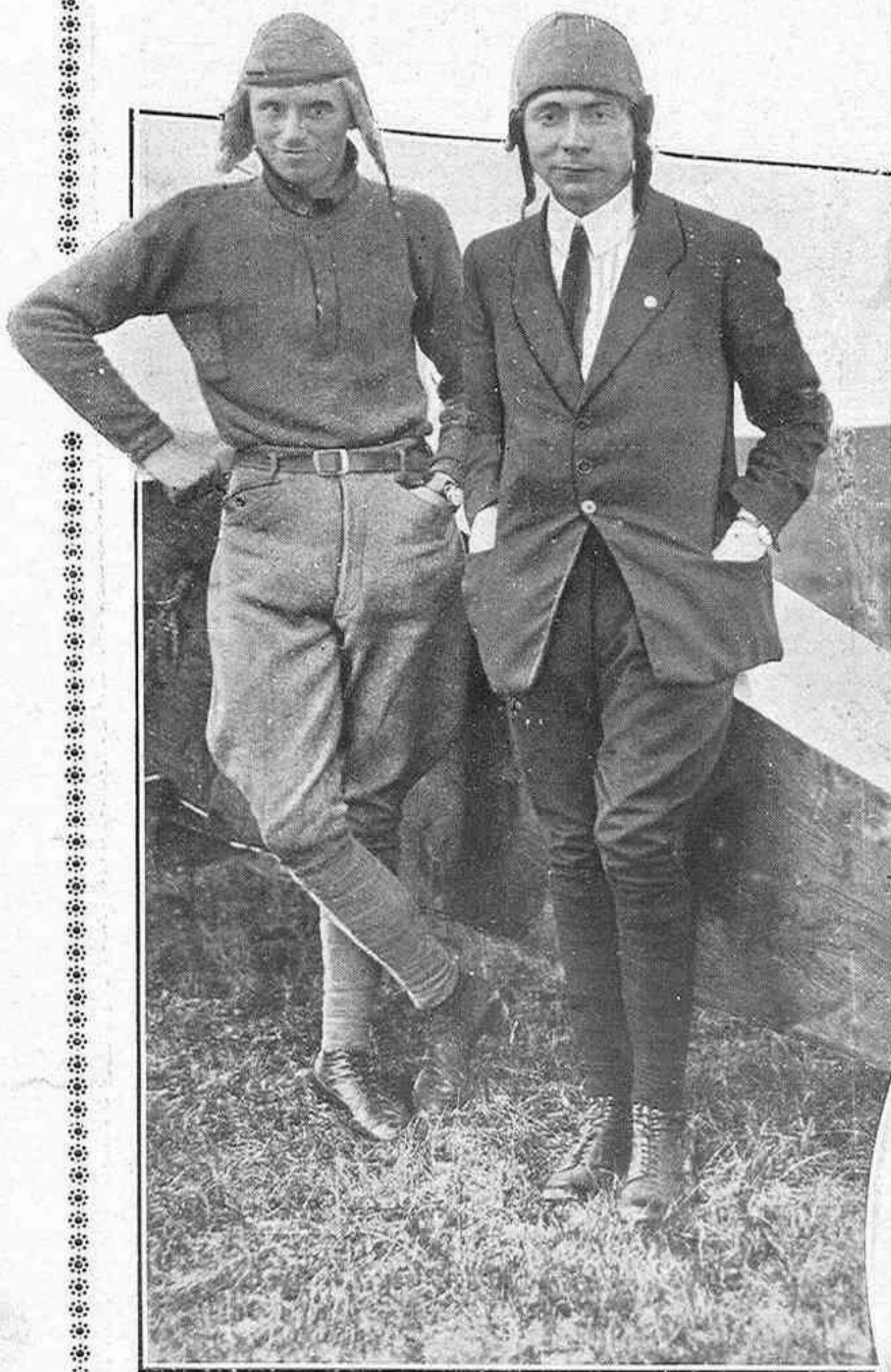
Los alumnos de la Academia de Infantería desfilando ante el Shah de Persia y S. M. el Rey, en el día en que estas dos regias personas visitaron la histórica ciudad

El Shah de Persia, con el Rey de España, el presidente del Consejo y otras personalidades que le acompañaron en su viaje á Toledo, ante los alumnos de la Academia de Infantería

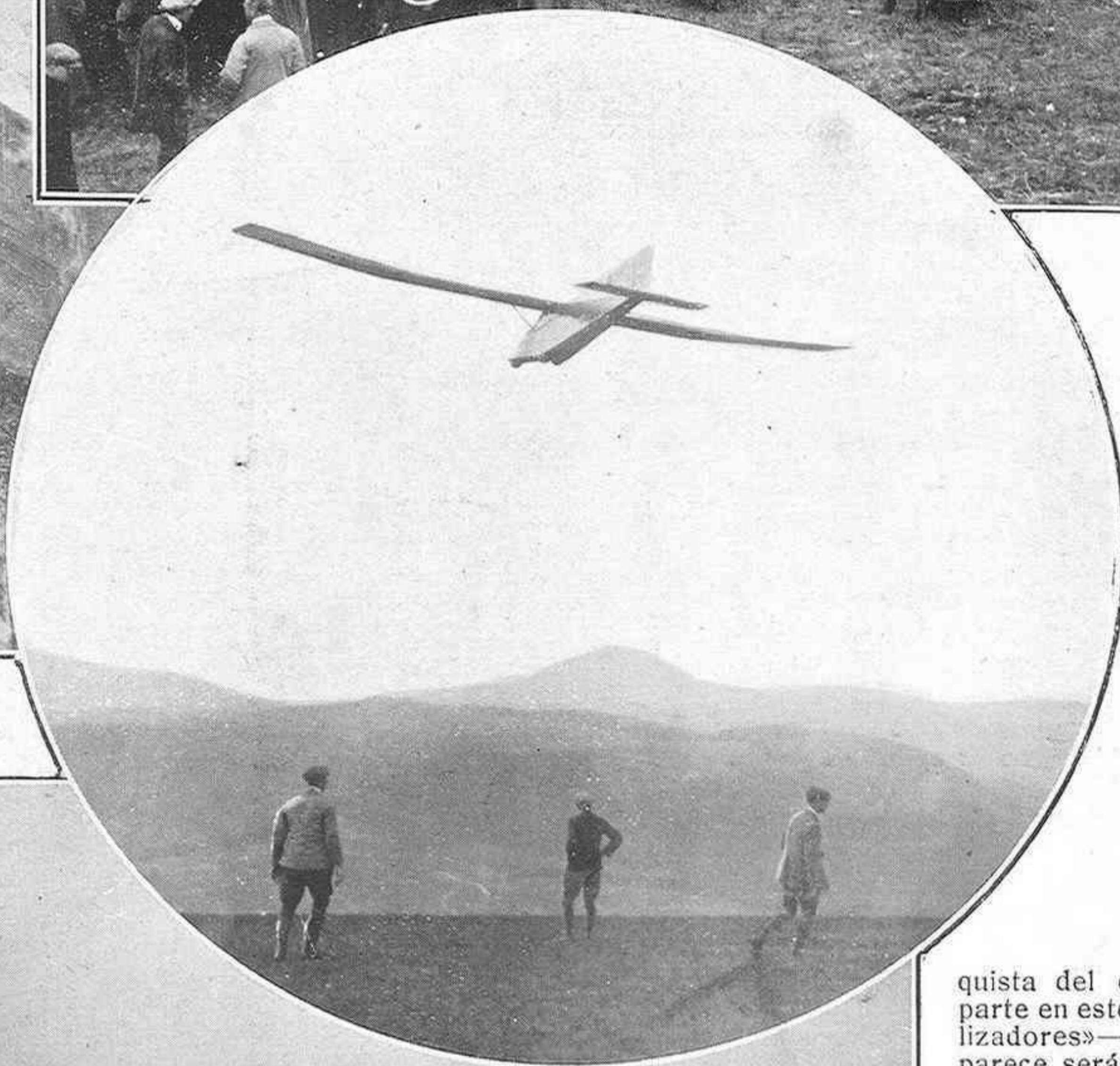
Entre las fiestas y los actos que se celebraron con motivo de la reciente estancia en nuestra Corte del Shah de Persia, figuró una visita á la histórica ciudad de Toledo, relicario donde han quedado guardadas las más ricas joyas de nuestra Historia, de nuestro Arte y de nuestra tradición. Acompañaron al Soberano persa en su visita nuestro Rey Don Alfonso, el presidente del Consejo y varias ilustres personalidades. Los monumentos más intererantes que encierra la bellissima ciudad española fueron visitados por el Shah y los que le acompañaban, saliendo todos comoplacidísimos de la enorme riqueza y el encanto sin par atesorados en Toledo. Visitó el Soberano persa la Academia de Infantería y contempló el desfile en columna de honor de los alumnos que hoy cursan allí sus estudios militares

FOTS. DÍAZ

El Concurso de aviones sin motor en Alemania



Martens y Hentzen, vencedores en el reciente Concurso de aviones sin motor celebrado en Alemania



GRAN interés han despertado en el mundo deportivo y científico las pruebas de aviación sin motor efectuadas recientemente en Gersfeld (Alemania). El vuelo, sin otra fuerza propulsora que el aire, es, sin duda, una empresa digna de los modernos Icaros, que debe ser mirada con extrema simpatía por técnicos y profanos, ya que significa un paso más, y bien osado, en la conquista del espacio.

Tomaron parte en este concurso de «deslizadores»—nombre que según parece será adoptado para el avión sin motor, atendiéndose á que resbala ó se desliza por las capas atmosféricas—numerosos competidores provistos de diversos modelos de aparatos. De los tres más significados, Martens, Hentzen y Hubner, correspondió la victoria al segundo, pues logró mantenerse en pleno vuelo dos horas y diez segundos, aprovechando para ello de un modo maravilloso todas las corrientes favorables en variadas altitudes. Martens, otro de los concurrentes afortunados, se sostuvo una hora y seis minutos. Las fotografías que ilustran la presente página registran el importante acontecimiento científico-deportivo, que hubo de llevar á Gersfeld gran número de aficionados á la aviación y de notables profesionales. Simultáneamente con estos afortunados ensayos germánicos se han verificado otros análogos en Francia, lográndose también resultados en alto grado satisfactorios.



Campamento de los aviadores que tomaron parte en el Concurso de Gersfeld (Alemania).—Salida del aviador Hentzen, que batió el «record» de permanencia en el aire.—Salida del aviador Hubner

CAMARA FLU



«Pasionera», cuadro original de José Pinazo Martínez

## AL PLATEADO MONDEGO

*¡Para, Mondego! ¡Para, no prosigas,  
plateado río; no camines hacia el mar;  
escucha de mis labios las palabras amigas,  
que te pueden salvar!*

*¡Cómo eres ambicioso! ¡Si parece  
que tienes frágil corazón humano!  
¡La Ambición te subyuga y enloquece,  
río que ansias ser océano!*

*Crees ir hacia la luz y vas a las tinieblas:  
llegando allá,  
la dulce agua que llevas  
salada y amarga será...*

*Antes de que tu alma solloce arrepentida,  
para, ambicioso, para; no vayas hacia el mar;  
que tú eres, en tu cauce, como soy yo en la vida.  
¡No podemos volver atrás!...*

*Fijos los ojos en mentido oriente,  
no escuchas de los buhos los fatales presagios:  
donde la vida buscas, vas a encontrar la muerte;  
Tú eras bueno, apacible... ¡Mañana harás naufragios!*

*¡Dejas la limpidez de tus sierras honestas  
y sus aldeas vigorosas;  
abandonas la sombra mansa de las florestas  
y vas a cortejar ciudades crapulosas!*

*Mírate en mí con ojos de berilo,  
río donde, ingenuo y sano, me miré;*

*como tú, en la Ambición busqué espléndido asilo.  
¡Ya ves lo que logré!...*

*Mira cuán vuelvo, el alma desgarrada,  
desengañada, llena de amargura y dolor,  
de esa ululante Babilonia contaminada  
cual la del alto Rey Nabucodonosor.*

*Iba en busca de rútilas grandezas,  
áureos palacios, leales hombres, Evas divinas...  
Y sólo encontré infamias y torpezas,  
fieras y ruinas.*

*¡Tristes los que caminan por la vida  
detrás de una ilusión traidora, ciegos!  
¡Donde soñé jardines fabulosos de Armida,  
hallé un estercolero!*

*Busca en la soledad un caricioso abrigo;  
sofrena la ambición que te hace caminar;  
para, mi dulce y plateado amigo,  
¡no corras hacia el mar!*

*¡Bébate antes la tierra ó transfórmate en lago!  
¡Para! ¡Y, si la piedad del cielo en ti se espeja,  
lústrame las pupilas, que enturbiadas las traigo  
de ver en la Ciudad tanta impureza!*

Eugenio de CASTRO

(TRADUJO Juan G. OLMEDILLA)

## LA ESTATUA DE CUPIDO

LA envidia del bien ajeno ó la amarga desesperanza de los que, dándose las de prudentes ó de avisados, creen á pies juntillas que cuanto ejecuta el prójimo obedece al egoísmo ingénito en la humana naturaleza, dictaron—como ocurre siempre que se casa un pobre con una rica—maliciosos comentarios á la boda del arrogante capitán de Artillería Alvaro de la Pedrosa.

Pepe Luis, compañero de su promoción y amigo mío, hubo de preguntarme la otra tarde en que rememorábamos, con dulce melancolía, los tiempos, ya algo remotos de nuestra juventud:

—¿Te acuerdas de Pedrosa, el buen mozo, como le llamábamos en la Academia?

—¡Ya lo creol!... Guapo chico.

—¡Y todo un hombre! ¿Sabrás que se casó?

—Sí. Y por cierto que, según me informaron, hizo una boda magnífica.

—¡Ideal! Todos dijimos á coro al saber la noticia: «¡Qué suerte la de este Alvaro!» Porque Isabel, su futura, además de ser muy joven, muy guapa y muy rica, era un modelo de virtudes. Vamos, una especie de princesita de los cuentos de hadas. Y todos imaginamos, yo el primero—paladinamente lo declaro—, que aparte la atracción que una niña bonita ejerce sobre un mozo de buen gusto, guiábanle al afortunado Pedrosa miras interesadas... Vamos, que al casarse...

—Sí, sin eufemismos, hacía un buen negocio.

—Eso es. Y, sin embargo, ni Alvaro se casó por el dinero, como suponía nuestra suspicacia, ni en su matrimonio ha encontrado la felicidad que todos le augurábamos... ¡Qué! ¿Te sorprende? Pues más ha de sorprenderte saber que á los pocos años de matrimonio se separó de Isabelita...

—¡Eh! ¿Qué me dices?...—interrumpí, realmente asombrado.

—¡Oh! ¡Es toda una novela, que pudiera llamarse ejemplar! No conocíamos á Alvaro ni aun sus más íntimos amigos... Sabíamos, sí, que en todo era excesivamente delicado, pundonoroso; pero no sospechábamos que el temple de su alma fuera tan recio, su voluntad tan inflexible, que tuviese un concepto tan elevado de la propia dignidad. Pedrosa es de los hombres excepcionales que por mantener incólume su decoro no han titubeado en sacrificar una vida plena de halagos y fastuosidades.

Pepe Luis, tras una corta pausa, reanudó su relato:

—Juventud, amor y riqueza han de sembrar de rosas el camino de la vida, valga lo manoseado del símil. Alvaro y su mujer—abusemos todavía de los tópicos—gozaron de la más dulce y venturosa luna de miel que puedan soñar dos tórtolos. Terminado el viaje de novios, encerráronse egoístamente en la magnífica posesión que en la Montaña poseía Isabel. Querían gozar á lo sabio de su felicidad lo más ignorada y plácidamente posible, lejos del mundanal ruido... Pero, desde Adán hasta nuestros días, es la felicidad flor efímera. Quien logra aprisionarla, cree que eternamente ha de brindar con su delicioso y enervador aroma. Mas lo cierto es que cualquier vientecillo la amustia y deshoja. No me negarás que para ser un rudo hijo de Marte me expreso como si lo fuera de Apolo... Bueno. Pues un día, tal vez cuando más segura y perdurable consideraban su ventura, quedó roto el encanto... Y todo por una ridícula estatua de Cupido que apareció sirviendo de remate á una fontana, en la plazoleta que se abría á la entrada de la finca.

Alvaro, al salir aquella mañana á dar su habitual paseo por los alrededores de la aldea, quedó de una pieza al contemplar el nuevo y mitológico huésped, que, como llovido del cielo, se le ofrecía en lo alto de la fuente, desnudo, cual cumple ande por el mundo el hijo de Venus: los ojos vendados, el carcaj á la espalda, entrambas manos el arco tendido, en disposición de asaetear con una flecha de yeso, que no de oro, al mortal que se le pusiera á tiro.

El capitán manifestó su asombro con el más rotundo y castizo de los tacos. ¿A quién demonios se le había ocurrido la peregrina ocurrencia de romper la agreste armonía del conjunto con aquel vaciado en yeso, que ejecutó algún aprendiz de escultor?... Semejante Cupido, gordiflón, desproporcionado, con unos mofletes como si soplara reciamente un cornetín, era un esperpento, una blasfemia de la estatuaria, un insulto al divino arte de Praxiteles.

El guarda de la finca, montañés viejo y socarrón, atisbaba desde una de las calles de árboles al capitán, y al oírle el taco definitivo, acercóse para preguntarle:

—¿Verdá, mi amo, que es cosa de gusto el santuco este?—Y con su sarmentosa mano señalaba al dios del Amor.

—¡Un mamarracho!—protestó Alvaro—¿Quién ha traído aquí esta ridiculez, ti Fonso?

—Trajéronla, señor, de Santander, unos que hacen de estas figurucas—dijo un si es no es azorado el guarda, quien en su fuero interno



protestaba á su vez del denigrante concepto que á su amo le merecía aquella preciosidad de «santuco».

—¡No es eso, ti Fonso!—replicó Alvaro—, sino que, ¿quién ha mandado colocar aquí esa estatua?

—D.<sup>a</sup> Isabel—contestó el viejo—. A lo que parece, la señorita quería darle á usted una «sorpresa». Esta mañanita, yo y él, mi hijo, «coloque» ese mamarracho, como usted dice.

—Ahora mismo la quita usted de la fuente.

—¿Quitarla?—interrogó, desolado, ti Fonso.

—Sí. Quitarla y guardarla á escape en la leñera, donde ojos humanos no la vean.

—El caso es, señor—hubo de advertir el guarda, entre indeciso y temeroso—, que si la quitamos..., pues... la señorita... va á tener un disgusto. ¡Si usted hubiera visto con qué afán lo ha preparado todo!...

Ordenó Pedrosa:—¡Quite usted la estatua, le digo!

—Voy á llamar al mi hijo pa que me ayude—indicó el montañés.

—No hace falta. Yo le ayudaré—solucionó Alvaro.

Y dicho y hecho: ayudó al guarda á desmontar el yeso, y, entre los dos, lleváronle á la leñera. Ya encerrada en tal sitio, el capitán salió á dar su paseo.

Pepe Luis abrió una pausa en su interesante relato, que reanudó en la siguiente forma:

—Conocido el personaje, es decir, Alvaro, supondrás el gesto que pondría al regresar del paseo, entrar en la calle de árboles y ver destacarse nuevamente sobre el verde oscuro del follaje la nota blanca del maldecido yeso.

Pedrosa experimentó entonces, según me dijo, una sensación de infinita tristeza, de desencanto doloroso, cual si presagiara el derrumbamiento de su felicidad. Tendió los ojos en derredor suyo y halló, á respetuosa distancia, al guarda. Ti Fonso tal vez permaneciera impasible, indiferente; pero á nuestro amigo antojósele que vagaba por su rostro una sonrisita irónica, despectiva... Siguiendo el impulso de su ánimo, encaráse iracundo con el pobre hombre, que, instintivamente, retrocedió un paso.

—¿Por qué se ha vuelto á poner eso ahí?—barbotó airadamente.

—La señorita lo ha mandado—tartamudeó el viejo. Y con esa falta de tacto, de discreción de la gente zafia, refirió á Alvaro la escena que hubo con la señora cuando le pidió nuevas de la sorprendente desaparición de la estatua. Doña Isabel se puso hecha una furia, y, en un arranque lamentable de soberbia, dijo al guarda: «¡Usted coloca otra vez la figura esa en la fuente, porque lo mando yo, que soy el ama!»

Alvaro sintió encendérsele el rostro y que todo su cuerpo lo sacudía un mortal escalofrío; apenas si pudo disimular su angustia y turbación en presencia del guarda. Díjole unas cuantas palabras incoherentes y alejóse de su lado con la prisa que pone el afán de substraer á miradas ajenas el dolor que nos desgarran inopinada y brutalmente. La catástrofe moral habíase consumado, y Pedrosa juzgó muertas las ilusiones de su vida.

Aquella misma tarde emprendió el viaje á la Corte para gestionar su pase al ejército de operaciones en Melilla.

Hizo toda la campaña y se batió con un arrojo temerario, casi suicida.

Terminada la guerra, Pedrosa, ya coronel, desembarcó con su Regimiento en Málaga. En el muelle encontróse con Isabel, á la que acompañaba un amigo íntimo del matrimonio.

El dolor había impreso sus huellas en el hermoso rostro de la dama, la cual, sollozando, tendió los brazos hacia su marido. Alvaro, impasible, le estrechó fríamente la mano, saludándola con la más exquisita cortesía.

El amigo, en un aparte, trató de conciliar al matrimonio; pero á las primeras de cambio, Pedrosa le advirtió que desistiera de sus nobles propósitos, en razón á que consideraba insuficiente su paga de coronel para sostener á su esposa con el boato que la correspondía y estaba acostumbrada. Los esposos se separaron, y la infeliz señora abandonó la ciudad en la terrible certidumbre de que nunca jamás uniríase á Alvaro.

Y nunca jamás volvieron á verse. El coronel fué destinado, á petición suya, á Valencia, y su mujer encerróse en su finca de la Montaña.

—¡Admirable fortaleza de ánimo la de ese hombre!—exclamé, hondamente impresionado.

—Pues aún ha de ser mayor tu admiración al saber el desenlace de la historia: La pobre Isabel, rendida á la pesadumbre del forzoso y triste aislamiento á que le condenó un imprudente arrebató de soberbia, murió hace contados meses, dejando por heredero de toda su fortuna á Alvaro. Alvaro renunció la herencia en favor de los parientes de su mujer.

—¡Extraordinario!... ¡Ese hombre es todo un carácter!—exclamé, lleno de entusiasmo.

—¡Verdad!—asintió Pepe Luis—¡Un verdadero Quijote, como le llamarán despectivamente los innumerables Sanchos que en el mundo son...

ALEJANDRO LARRUBIERA



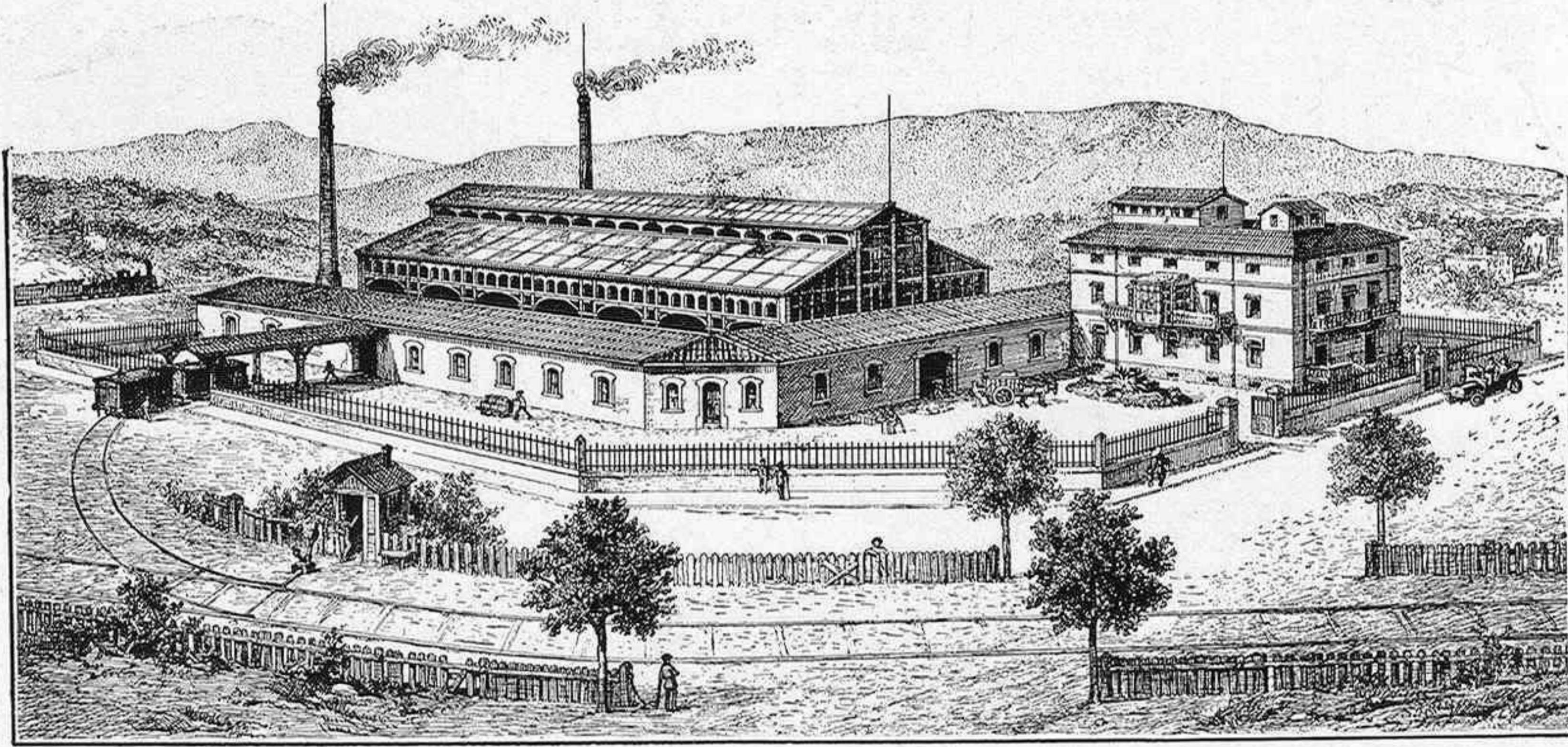


El jabón  
**HENO DE PRAVIA**  
es el jabón de  
la gente "chic"

PASTILLA 1.50

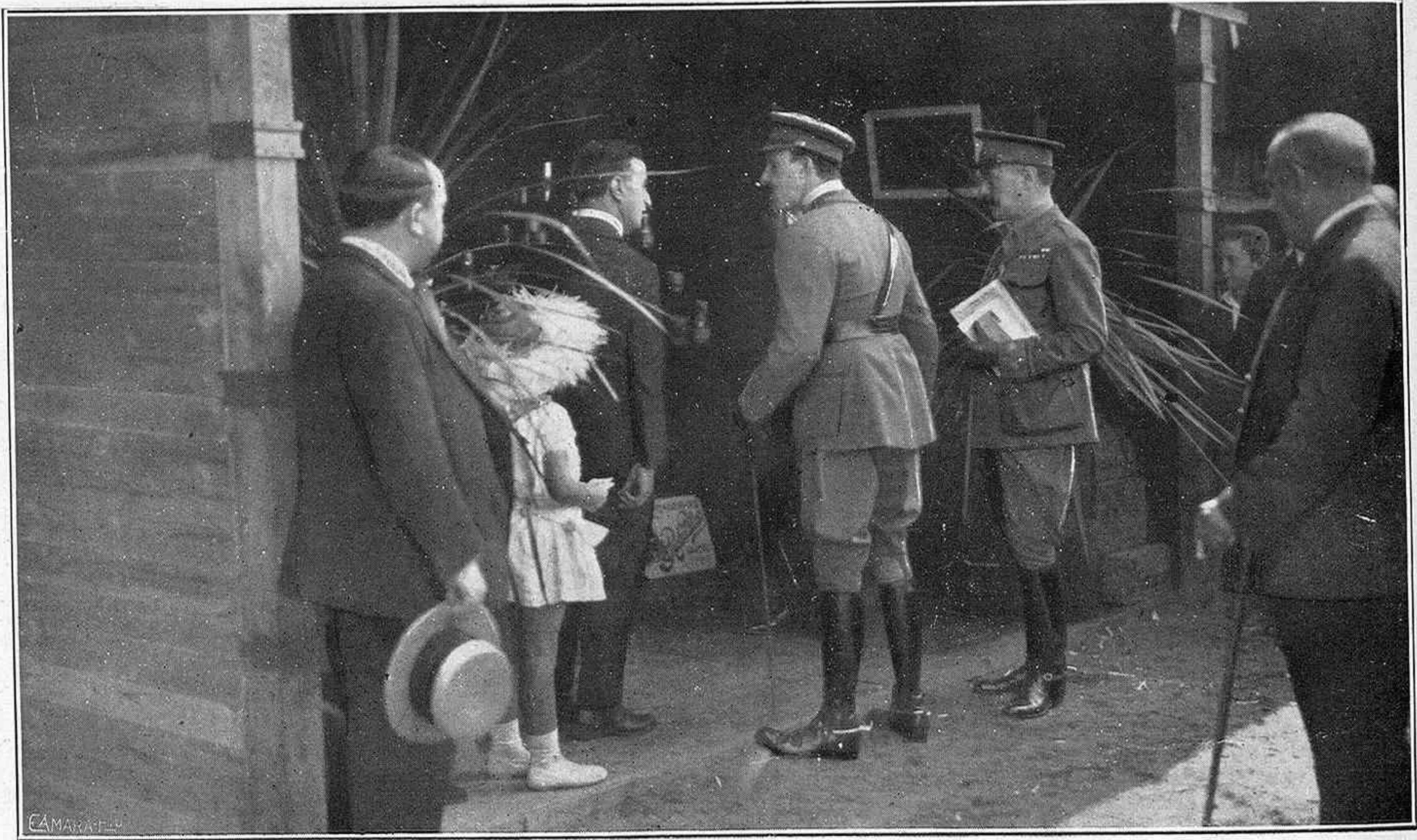
PERFUMERIA GAL - MADRID

# CONSERVAS ULECIA LOGROÑO.



**D**URANTE la pasada Feria de San Sebastián llamó nuestra atención que S. M. el Rey se detuviera largo rato y conversara detenidamente con el Sr. Ulecia en el stand que esta Casa tenía montado, y comprendimos la gran importancia que debe tener la industria conservera de nuestro país.

Deseosos de satisfacer nuestra curiosidad, al pasar por Logroño tuvimos el gusto de visitar á D. Rafael Ulecia, propietario de la fábrica de conservas que lleva su nombre, el cual nos acompañó, enseñándonos todas las dependencias de su fábrica, que está reputada como una de las mejores de España en su género.



S. M. el Rey conversando con el Sr. Ulecia, durante su visita á su «stand» en la Feria de Muestras de San Sebastián



El «stand» que presenta la Casa Ulecia en la Feria de Muestras

Amplias naves con gran ventilación y exquisita limpieza, maquinaria moderna y primeras materias de la mejor calidad, es lo que pudimos observar durante nuestra visita.

La fábrica de «Conservas Ulecia», cuyo nombre es conocidísimo en el comercio mundial, abarca una infinidad de variedades de productos: frutas en almíbar, al natural y en mermeladas de todas clases, tomates, pimientos, espárragos, guisantes, etc.; chorizos en lata, con y sin manteca, jamones y otros productos que harían interminable esta relación.

La fábrica Ulecia da trabajo en Logroño, actualmente, á cerca de doscientos obreros, entre hombres y mujeres.

Fué fundada por su actual propietario, D. Rafael Ulecia, hace unos veinte años, y en este espacio de tiempo ha acreditado su marca en el mundo entero, ya que en todas partes es conocida y considerada entre las primeras.

Para nosotros fué una visita gratísima, de la que salimos muy bien impresionados y convencidos de que es justo el renombre que goza esta importante industria.

R.

## *Las damas españolas é hispanoamericanas leían Revistas extranjeras \**

---

No era un simple snobismo, una aspiración falsamente "chic" de buscar fuera de la Prensa española las normas de la distinción y el ejemplario del buen tono, que toda mujer elegante debe conocer para no pasar inadvertida ó demasiado llamativa en su mundo y en su época. Era que las damas españolas é hispanoamericanas carecían de ese tipo de Revista que encuentran en las grandes publicaciones extranjeras, donde no todo son figurines ni modelos de labores

PRENSA GRÁFICA ha comprendido esa curiosidad esencialmente femenina, esa inquietud espiritual que la mujer moderna siente por los aspectos mundanos al otro lado de sus horizontes habituales. Y ha creído que debía dar á las damas españolas é hispanoamericanas "su" Revista ideal, la que añoraba cuando tenía en sus manos la publicación parisién, el magazine yanqui dedicado á las francesas y á las norteamericanas.

## Elegancias

será la Revista que PRENSA GRÁFICA entregará á las manos femeninas como un don florido y exquisito. Y para que tenga la gracia moderna, el refinamiento estético de su época y, sobre todo, ese carácter de universalidad que requiere una Revista de modas actual, donde la mujer halla cuanto puede interesar á su belleza y á su sensibilidad, el material de

## Elegancias

será seleccionado en París, bajo la dirección de nuestro delegado especial Sr. Leo  
:: Merelo ::



---

*Las damas españolas é hispanoamericanas leerán ELEGANCIAS*

des albatros, orgullosos de su blancura y de la fuerza de sus alas, abatiéndose con una voracidad implacable sobre las presas que descubren á través de las olas, creyendo que todo cuanto existe ha sido creado únicamente para que ellos lo devoren. Era un águila atlántica majestuosa y fiera, con el perfume salino de la inmensidad y la carne coriácea de la fuerza. Pero los años habían pasado, disolviendo la orgullosa ilusión de la juventud que se considera inmortal, y ahora el ave arrogante del infinito azul se veía obligada á buscar su comida en los excrementos oceánicos amontonados en la costa. Cuando el frío y la tiniebla la impelían hacia la luz, sus alas moribundas chocaban con los vidrios guardadores del fuego. Iba en busca de la ventana que refleja el rescoldo hospitalario del hogar, y tropezaba con la lente del faro, dura é insensible como un muro, acostumbra á repeler la cólera de las tempestades. Y en uno de estos choques caería con las alas rotas para siempre, y el mar de la vida tragaría su cuerpo con la misma indiferencia que había sorbido antes á las numerosas víctimas de ella.

Contempló Robledo después á sus amigos y se vió á sí mismo en una forma igualmente animal. Eran bueyes magníficamente alimentados, tranquilos y buenos, como las reses que pastaban, hinchadas por la abundancia, en los campos regados de su colonia. Tenían las firmes virtudes del que ve su existencia asegurada, á cubierto de todo riesgo, y no necesita hacer daño á los demás para vivir... Y así continuarían plácidamente, sin violentas alegrías, pero también sin dolores, hasta que llegase su hora última...

¿Quién había vivido mejor su existencia?... ¿Era aquella mujer de biografía fabulosa, incapaz de recordar exactamente su origen y sus aventuras, como si un cerebro humano no pudiera contener una historia tan extensa como un mundo?... ¿Eran ellos, honrados rumiantes de la felicidad, que ya habían hecho sobre la tierra cuanto debían hacer?...

No pudo seguir pensando. El camarero del bar había salido á la calle, llamado por un hombre, y volvió con aire inquieto, diciendo á la dueña algunas palabras en voz baja.

—¡Volad, palomas mías!—gritó la mujerona desde el mostrador, dirigiéndose á las dos parroquianas más próximas.

Y explicó que la policía estaba haciendo una *razzia* de mujeres en el barrio, y tal vez visitase su establecimiento. Un amigo fiel acababa de traer el aviso.

La muchachita tísica arrojó el cigarro, escapando con un temblor cervical, que aún hacía más angustiosa su tos. La beoda abrió los ojos, miró en torno y volvió á cerrarlos, murmurando:

—¡Que vengan! En la comisaría se duerme lo mismo que aquí.

Elena se apresuró á huir. Tenía miedo; pero procuró marchar hacia la puerta con cierta majestad, pensando que un hombre estaba á sus espaldas. No quería que la confundiesen con las otras.

Al verse solo el español, entregó un billete al camarero por toda la botella y salió sin querer recibir el cambio. Luego, en el bulevar, miró inútilmente á un lado y á otro. Elena había desaparecido...

No la vería más. Cuando ella muriese, él no recibiría la noticia de su muerte. Iba á pasar el resto de su existencia sin saber con certeza si la otra vivía aún. Era de las que salen de la vida de un modo trágico, pero sin estrépito, sin que suene su nombre, habiendo sobrevivido muchos años á su historia muerta.

—Y esta es la Elena—se dijo—que, igual á la del viejo poeta, originó la guerra entre los hombres en un rincón de la tierra...

La duda formulaba preguntas en su interior. ¿Había sido esta mujer verdaderamente mala, con plena conciencia de su perversidad?... ¿Era una ansiosa de los placeres de la vida, que avanzaba inconsciente, sin reparar en lo que iba aplastando bajo sus pies?...

Mientras buscaba un carruaje, se dijo como conclusión:

—Mejor hubiese sido para ella morir hace doce años... ¿Para qué sigue viviendo?

Sonrió tristemente al pensar en la relatividad de los valores humanos y la distinta importancia de las personas, según el ambiente en que se mueven.

—¡Pensar que este andrajo fué igual á la heroína

de Homero en aquella tierra á medio civilizar, donde no abundan las mujeres!... ¿Qué dirían ahora los que tantas locuras hicieron por ella, si la viesen como yo la he visto?...

Cuando llegó al hotel, Watson y su esposa acababan de volver de su paseo.

Dos criados seguían á Celinda cargados con enormes paquetes: las adquisiciones de aquella tarde. Miró Watson su reloj con impaciencia.

—Son cerca de las siete, y hemos de vestirnos y comer antes de ir á la Opera... Cuando las mujeres se ponen á comprar trajes y sombreros, no acaban nunca.

Celinda remedó la fingida indignación de su esposo con graciosos ademanes, y acabó por besarle, entrándose luego en la habitación inmediata para cambiarse de vestido.

Watson preguntó á Robledo si les acompañaba á la Opera.

—No. Voy haciéndome viejo, y me molesta ponerme de frac y guantes blancos para escuchar música. Prefiero quedarme en el hotel. Veré cómo acuestan á Carlitos... Le he prometido un cuento.

Sintió en su interior la molestia de la duda. ¿Debía relatar á Celinda y su marido el encuentro de aquella tarde?... ¿Sería más prudente comunicárselo solamente á Watson?

Rara vez en sus conversaciones habían recordado á la esposa de Torrebianca. Celinda, tan alegre y desenfadada, fruncía el ceño con expresión agresiva cuando nombraban en su presencia á la marquesa.

Podía representar para ella un deleite cruel el conocimiento de la abyección de la otra. Luego Robledo se arrepintió de tal suposición. A Celinda, en plena felicidad, le repugnaba seguramente la venganza, y sólo le proporcionarían sus noticias la molestia de un mal recuerdo.

«¿Para qué resucitar el pasado?... ¿Que la vida continúe!»

Y sólo se ocupó en pensar la maravillosa historia que iba á contarle á su príncipe heredero.

FIN

## Misterios de la Policía y del Crimen

PÍDASE Á ESTA ADMINISTRACIÓN

Hermosilla, 57, Madrid



## SEDLITZ CH. CHANTEAUD

de PARIS

a base de Sulfato de Magnesia anhidro puro, Acido Tátrico, Bicarbonato de Sosa. — El mejor Purgante, Laxante, Depurativo contra: ESTREÑIMIENTO, JAQUECA, ESTADO BILIOSO, CONGESTIONES, VICIOS de SANGRE PREPARADO POR URIACH C. 49, BRUCH, BARCELONA

PRENSA GRÁFICA, S. A. Editora de La Esfera \* Nuevo Mundo \* Mundo Gráfico

TARIFA DE PUBLICIDAD. — 1.º de Junio de 1922

### LA ESFERA

	Línea	Página
	Ptas.	Ptas.
<b>Cubierta</b>		
Primera página interior, línea del cuerpo 7...	3	1.464
Última página, línea del cuerpo 7...	3	1.464
<b>Sección general</b>		
Línea del cuerpo 7...	2	976
En cualquiera de estas secciones, la página se divide en cuatro columnas de ancho y cada columna en 122 líneas de altura.		
<b>Sección especial</b>		
Línea del cuerpo 7...	5	780
En esta sección se utiliza sólo media página para anuncios, ocupándose la otra media superior con textos literarios, científicos, etc. Se divide en tres columnas de ancho y cada columna en 52 líneas de altura.		
<b>Informaciones artísticas é industriales entre el texto</b>		
Una página...	—	1.000
Media página...	—	500

### NUEVO MUNDO

	Línea	Página
	Ptas.	Ptas.
<b>Cubierta</b>		
Primera página interior, línea del cuerpo 7...	3	1.545
Segunda página interior, línea del cuerpo 7...	2	1.030
Última página, línea del cuerpo 7...	3	1.545
<b>Sección general</b>		
Línea del cuerpo 7...	1.50	772.50
En cualquiera de estas secciones, la página se divide en cinco columnas de ancho y cada columna en 103 líneas de altura.		
<b>Variaciones y reclamos</b>		
Línea del cuerpo 8...	10	—
Una columna...	—	900
En esta sección la página se divide en tres columnas y cada columna en 90 líneas de altura.		
<b>Telegráficos</b>		
Las 15 primeras palabras	3.10	—
Cada palabra más...	0.30	—
<b>Informaciones gráficas industriales entre el texto</b>		
Una página...	—	1.000
Media página...	—	500

### MUNDO GRÁFICO

	Línea	Página
	Ptas.	Ptas.
<b>Cubierta</b>		
Primera página interior, línea del cuerpo 7...	3	1.545
Segunda página interior, línea del cuerpo 7...	2	1.030
Última página, línea del cuerpo 7...	3	1.545
<b>Sección general</b>		
Línea del cuerpo 7...	1.50	772.50
En cualquiera de estas secciones, la página se divide en cinco columnas de ancho y cada columna en 103 líneas de altura.		
<b>Reclamos</b>		
Línea del cuerpo 8...	10	—
Una columna...	—	900
En esta sección la página se divide en tres columnas y cada columna en 90 líneas de altura.		
<b>Telegráficos</b>		
Las 15 primeras palabras	3.10	—
Cada palabra más...	0.30	—
<b>Informaciones gráficas industriales entre el texto</b>		
Una página...	—	1.000
Media página...	—	500

Pídanse á la Administración de Prensa Gráfica, Apartado 571, Madrid, las tarifas con los descuentos y condiciones especiales para grandes propagandas en estas Revistas.



Lavad siempre vuestros hijos con jabón PECA-CURA y los tendréis hermosos.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. — Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50. — 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

### ÚLTIMAS CREACIONES

Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICO, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3.—Polvos, 4.—Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Dirigirse á esta Admón., Hermosilla, 57.



# THE VITTORIA EGYPTIAN CIGARETTE COMPANY

CIGARRILLOS DE LUJO

Los mejores y más baratos

DE VENTA EN TODAS PARTES



*Povo*

Pruebe hoy  
**HORNIMAN'S  
PURE  
TEA**



Casa Fundada  
en Londres 1826

El té  
predilecto de las  
Embajadas de  
Europa I

**CONSERVAS TREVIJANO**  
LOGROÑO



DEBE SU VICTORIA  
al VALOR, á la DISCIPLINA y al  
PICADILLO DE JAMÓN SIBERIA  
Millones de latas consumidas por el valeroso  
ejército de operaciones en Marruecos han con-  
tribuido á la victoria. Excelente fiambre para  
excursiones, viajes, etc. Ventas al por mayor de  
4 á 5 ptas. kg. en latas de 1/8, 1/4 y 1/2 kg.

No IRRITAN, no producen NAUSEAS ni COLICOS



**SE VENDEN**  
los clichés usados en esta revista.  
:: Diríjese á Hermosilla, 57 ::



**PARA SUPRIMIR  
LOS VELLLOS  
Y EL PELO**

Tened mucho cuidado en usar un Depilatorio cualquiera. Después  
de aplicarlo, los pelos vuelven a brotar con mayor fuerza y vigor.  
Miss GYPCIA, 43, rue de Rivoli, Paris (1<sup>ra</sup>), vióse un día inducida  
a experimentar una receta poco conocida, pero que posee verdadera acción  
sobre la raíz del pelo. Los pelos destruidos de este modo Y A NO  
VUELVEN A BROSTAR. Tan original metodo va explicado con la mayor  
claridad en un folleto intitulado: "Un secreto Egipcio" el cual se  
manda bajo cerrado. GRATIS y muy discretamente a quien lo  
pida: bastará escribir adjuntando un sello para la contestación.  
Depósito para Espana: Senorita S. Mercedes, Nápoles, 272, 1<sup>a</sup>, 1<sup>a</sup>, Barcelona.

IMPRESA DE Prensa GRÁFICA, HERMOSILLA, 57, MADRID

**VIGOR SALUD**

rápidamente

obtenidos



con el uso del

**VINO DE VIAL**

Por su acertada composición

**QUINA, CARNE  
LACTO-FOSFATO de CAL**

es el más poderoso de los tónicos.

Conviene a los convalescientes,  
ancianos, mujeres, niños y todas  
las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS

**PARA ADELGAZAR**

EL MEJOR REMEDIO  
DELGADOSE  
PESQUI



No perjudica á la  
salud. Sin yodo, ni  
derivados del yodo,  
ni thyroidina.

Composición  
nueva, desaparición  
de la gordura  
superflua.

Venta en todas las farmacias, al precio de 8 pesetas  
frasco, y en el Laboratorio "PESQUI".  
Por correo, 8,50. Alameda, 17, San Sebastián  
(Guipúzcoa), España.

Lea usted los viernes

**NUEVO MUNDO**

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

Número suelto: 50 cént. en toda España

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS